

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

CARLOS RINCÓN GALLARDO Y ROMERO DE TERREROS



A. M. D. G.

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

COMPUESTO POR

DON CARLOS RINCON GALLARDO

Y

ROMERO DE TERREROS

DUQUE DE REGLA, MARQUES DE GUADALUPE
MARQUES DE VILLAHERMOSA, ACADEMICO
DE NUMERO DE LA REAL ACADEMIA
HISPANO MEXICANA DE CIEN-
CIAS Y ARTES DE CADIZ

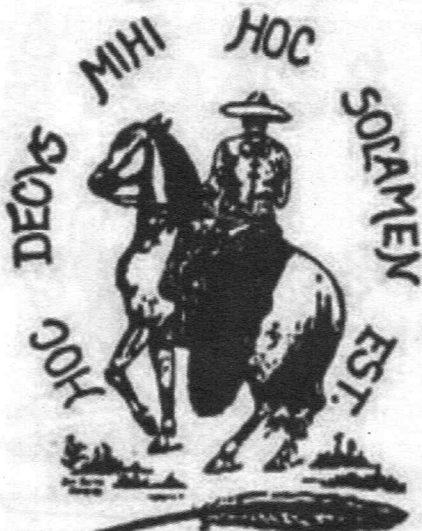
DIRIGIDO A SU

SOBRINO

DON ALFONSO RINCON GALLARDO Y MIER

Ex Libris

AÑO



1946

C. U. Marques de Guadalupe

EN MEXICO POR LA IMPRENTA REGIS, 6 DE FEBRERO NUM. 78-A

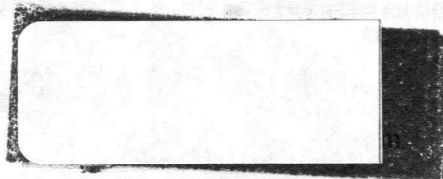
TEL. ERIC. 12-66-03

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

Ex Libris



C. U. Marques de Sandoval



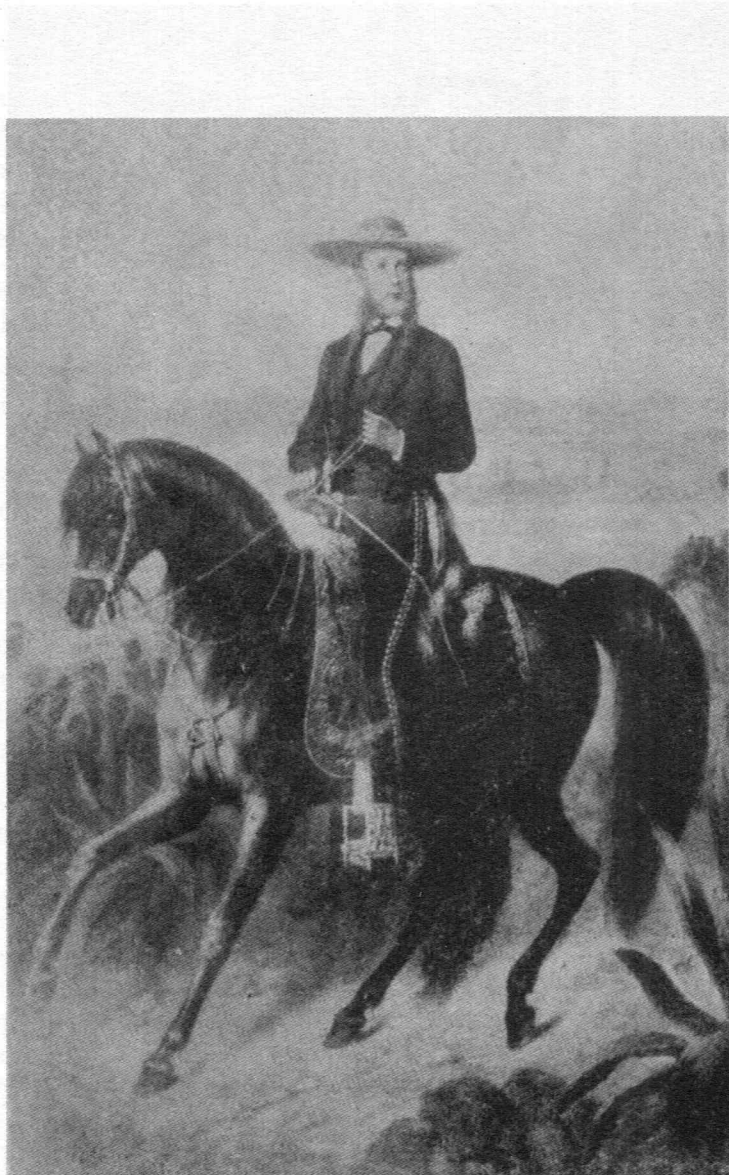
DEDICATORIA

A tí Poncho Rincón Gallardo, mi otro yo, mi sobrino predilecto y aprovechado discípulo en toda suerte de disciplinas charras y compañero en travesuras vaqueras, dirijo este libro que encierra el fruto de mi larga experiencia y de mi constante estudio de nuestras faenas que han sido, son y serán el hechizo de nuestras vidas.

Ya eres charro de fuste. Conserva la tradición y ten en tu memoria a tu viejo tío que pide a dios nuestro señor seas siempre caballero, cristiano y valiente.

Carlos Rincón Gallardo

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO



S.M. el Emperador Maximiliano



Eclipse



Semental de sangre pura y de raza inglesa, de carrera que, por sus antecedentes y estampa, sería un ejemplar de perfección para producir caballos charros estupendos

EL CHARRO MEXICANO

Por CARLOS GONZALEZ PEÑA

(“El Universal” Jueves 1° de febrero de 1940)

Tradición, y muy honda, tiene la charrería en nuestras letras. Un escritor charro, singularmente, la representa: Luis G. Inclán.

Escribió Luis G. Inclán, en 1860, las “Reglas con que un colegial pueda colear y lazar”. Del mismo año datan su “Recuerdos del Chamberín”. “Astucia, el Jefe de Los Hermanos de la Hoja o los Charros contrabandistas de la Rama”, su novela famosa, se publicó entre 1865 y 1866. Didáctica, en cierto modo, es la primera de dichas producciones; eminentemente líricas, por lo que a la charrería respecta, las otras dos.

Murió aquel rústico y admirable literato caballista en 1875. Pero la charrería había vivido antes que él. Sigue viviendo. Es y será gallarda expresión de mexicanismo.

¡Quien nos diría, sin embargo, que tres cuartos de siglo después de Inclán, habría otro charro que lo continuara! Que lo continuara, no ya únicamente coleando y lazando y siendo diestro y ágil en todo género de “travesuras”; si no, lo que es más importante, escribiendo y doctrinando, *mucho mejor que él lo hizo*, sobre cuantas materias incumben al ejercicio de la profesión pintoresca y libérrim del charro.

Este continuador, este hijo espiritual del cantor de “Astucia”, lo es D. Carlos Rincón Gallardo, más popular y conocido por su nobiliario título de Marqués de Guadalupe.

Acaba de publicar D. Carlos un libro precioso: “El Charro Mexicano. Un libro que forma grueso volumen de cerca de trescientas páginas; que está bellamente impreso y magníficamente ilustrado; y que, como bien lo asentó en el prólogo D. Federico Gamboa, constituye una “Biblia de la Charrería”.

Ha reunido ahí, en efecto, el Marqués de Guadalupe, cuanto él sabe — que es muchísimo—y cuanto pudiera saberse y decirse sobre tan grata, atrayente y nacional materia. Y lo ha reunido con amor; *con una ciencia, y, al par, con un entusiasmo que van más allá; de toda ponderación y que hacen de tal obra algo único y no soñado siquiera en su género.*

El origen del charro mexicano y de sus menesteres. El caballo; partes exteriores del noble bruto; sus colores, manchas y remolinos; sus enfermedades y defectos; manera de conocerlo a la simple vista, y consejos para elegir cuaco de silla. La mula; sus excelencias y sus mañas. El mozo de estribo o de espuelas y el caballero; cuidado y aseo del caballo charro; arreos charros; la silla vaquera y sus accesorios; el traje charro. El picadero; primera doma del potro; el cabezón y la gamarra; cómo enfrenar caballos; cómo dominarlos cuando son indómitos. La educación del caballo; manera de enseñarlo a saltar, a colear, a abajarse, a llamar a las puertas, a seguir al jinete, a dejarlo solo, a habituarlo a que oiga sin espantarse las detonaciones de las armas de fuego; cómo corregirle la maña de empinarse; cómo quitarle lo rabeoso; los que las orejas de los caballos indican.

A continuación y como no podía menos de esperarse, todo lo atañadero al arte de “travesear”. Mover, calar y bullir un caballo; saltos de obstáculos; preparación de reatas. Manganear y colear; consejos para hacer bien una y otra cosa; reglamentos para concursos. Modo de jinetear como Dios manda. El toreo a Caballo. El Jaripeo; los lienzos. Equipos para charrear. Pelajes de los bovinos. Refranes charros. Vocabulario hípico del charro. La

pistola del charro... ¡Y, en fin, hasta divertimientos y galanuras danzarinescas con el charro relacionadas: la china poblana y el jarabe tapatío!

¿Podría apetecerse algo más?

Todo esto visto, sentido, vivido, escrito con una emoción y con una simpatía solo presumibles en quien ha consagrado su existencia íntegra a tan gallardos menesteres, y en quien tiene por los mismos una devoción que, justamente por representar ellos a la patria — a la patria en su colorida expresión campesina—, alcanza un no sé qué de íntima efusión.

Inclán fue un gran charro sin cultura y sin letras; nacido y educado en el campo, y con profunda nostalgia del campo por haber tenido que habitar y morir al fin en la ciudad. *Don Carlos es un gran señor; un aristócrata educado en Inglaterra; un letrado a quien preocupan cuestiones de lexicología, y que sabe de lenguas y libros.* Sin embargo; los dos son idénticos en su amor a la charrería. Son los dos charros excelentísimos, y se identifican y confunden en su amor exaltado por el horizonte campestre y por lo que, del alba al crepúsculo en las dilatadas soledades de cerros y llanos, viene a ser, más que el complemento, el amigo del charro: su caballo.

¡Acaso el Marqués de Guadalupe, si alguno, entre los muchos que ha tenido, se le murió, hubiera compuesto a su memoria elegía no rústica, sino bien rimada, para exaltarlos y recordarlos, al modo que Inclán con su “Chamberín”!

Pero, no; Don Carlos ha preferido, en vez de dar rienda suelta al caudal lírico, resumir y concentrar *en un libro sin par, en un libro mexicanísimo*, sus conocimientos, y rica experiencia acerca del arte de la charrería.

Eso sí, nos habla como charro. Se explica como charro. Siente como charro. Leyéndole, tenemos la sensación de escuchar las peculiares inflexiones y hasta campechana modalidad expresiva del hombre de a caballo. Diríase más y mejor todavía: que al recibir la enseñanza que nos da, se dilata ante nuestros ojos la magnificencia del paisaje rústico, y que nos embriagan las emanaciones, y las gracias, y las tristezas, y la música inefable del campo.

Además de esto, ¡cuánta cosa que ignorábamos; qué mundo extraordinario e ignoto se abre para nosotros en las páginas de “El Charro Mexicano”!

Creíamos conocerlo. Quien no lo ha visto! Creíamos hasta poder serlo. Con ponerse un pantalón “atacado”; con amarrarse la blusa, plantarse el sombrero, poner el pie en el estribo y sentarse luego en la silla, era bastante... --- Era poco, sin embargo. Poco era esto, junto a lo que encierra, y oculta, y guarda como en secreto para el profano el arte de la charrería y los prestigios de charrear muy a la mexicana y sabrosamente.

Por lo que le agradecemos infinito al Marqués que nos lo devuelva, explique y clasifique a las mil maravilla.

Aunque no lo sospechéis, yo os digo que es enorme nuestra ignorancia en estas cuestiones.

Veamos, lo más sencillo; colores y manchas de los caballos; Qué es un “bayo mapano” o un “bayo bizcocho”; un “gruyo garrapato” o un “retinto golondrino”? Qué un “lucero”, un “frontino” o un “pialbo”? Y hablando de “remolinos”, o sea la dirección irregular de los pelos del caballo, en relación con los regulares y circundantes, quien de nosotros los catrines estaba enterado que es remolino de buen agüero el que se encuentra entre las orejas, y de malo, malísimo, el de arriba de las cejas? Sabíamos lo que era un caballo “pajarero”; pero no lo que fuese un “chimpan”, un “lunanco” o un “rabioso”.

Minuciosamente describe D. Carlos la silla vaquera mexicana y sus accesorios; desde el fuste de madera forrado con un pergamino al cual se llama "retobo", los "enreatados", los "bastes", arciones, estribos, vaquerillos, tientos, mantillas, retranca y barriguera, hasta llegar a las cabezadas, tapajos, jáquima frenos, gargantón y gamarra.

Con delectación se detiene a hablarnos de la vestimenta charra; así el sombrero con todos sus adminículos, como la chaqueta, las pantaloneras, las calzoneras, las chaparreras, las mitazas y las chivarras. ¿Y quién más docto en achaque de reatas! Con lo que dicho se está que sabe usarlas a las mil maravillas. Lo de remolinear y manganear no tiene para él secretos. Describe todo género de manganas: "la vieja", "La máscara", "La polca", "La polca en fuga", "La crinolina", "La contracrinolina", "La cangreja", "La copa", "El Plan de Tuxtepec", "La flor", "El cobijado", "El verijero", "El sampablana", ¡Y ni para qué decir las cosas que sabe en cuanto a colear, desde el modo como hay que ir vestido, hasta el de proceder para que la suerte salga! Colear a puente de freno, colear mancuernas, colear cambiando de mano, colear de brinco, colear en pelo, colear "a la Lola"... --- Nos pasma la variedad de esa difícil y siempre peligrosa hazaña.

Conoce el Marqués a los caballos, ahora sí que como si acabara de desensillarlos. Sabíais, por ejemplo que en ellos, el movimiento de las orejas es algo a manera de mudo lenguaje?. Pues, sí: Las orejas hacia adelante, sin rigidez, indican contento, y, rigidez, peligro en perspectiva. Las orejas para atrás, cerca de la cabeza y rígidas, demuestran actitud de combate.

Rico es el vocabulario hípico del charro mexicano: Acochinarse, acamaronarse, alagartarse, "andadura de paso de mondinga", apretalar, arrebiatar, aplastarse a los reparos, balonear, "calentarse el caballo", capotero, catarinas, chiflonazo, chorrear, hembrillas, florera, jalado, rayar, pistle, relajo, retoño, sardina, vaciada. Y, no menos rico, el refranero charro: "Alaba lo grande y ensilla lo chico"; moro, ni de oro"; "Cualquier sarape es jorongo, abriéndole la bocamanga"; "Espuelas de las mejores para el caballo mejor, pero en mejores tacones"; "Casa y potro, que la haga otro"; "Donde hay yeguas, potros nacen"; "El charro de cuero viste, por ser lo que más resiste; "El caballo y la mujer, a naiden has de ofrecer"; "Y andando, que el sol se mete..."

Se metería, en efecto, si yo pretendiera daros puntual y cabal cuenta del extraordinario libro.

Mucho gozaría, componiéndolo, su autor. El, que se educó en Inglaterra, pero que, por ser charro, es mexicano como el que más, lo ha escrito considerando que debemos conservar nuestras tradiciones charras y no sustituirlas por otras extranjerizas. La charrería se hizo para México. Nació en México. "Mientras en nuestro extenso territorio---expresa el Marqués de Guadalupe---andemos a caballo por montes y breñales, nos tenemos que sentir más útiles como charros que como "rotos".

Y excuso mostraros cómo, al cerrar con deleite y bien aleccionados esta Biblia Charra, nos sentimos henchidos de mexicanidad. Casi estamos tentados de pedir cuaco, echarnos a la cabeza el jarano y plantarnos en la silla... aunque con riesgo inminente de parar en el suelo.

CARLOS GONZALEZ PEÑA.

EL CHARRO MEXICANO.---POR CARLOS RINCON GALLARDO, DUQUE DE REGLA.---EDICIONES PORRUA.---MEXICO.--- El auténtico conocedor de la charrería, que ha cultivado con verdadero fervor de erudito toda tradición, y la que, con razón, podría-

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

mos llamar ciencia "charra", que es de don Carlos Rincón Gallardo, acaba de vertir en una obra sobriamente escrita, todos sus conocimientos en esta materia.

Precedido por un prólogo de don Federico Gamboa, y por varias composiciones poéticas y cartas de diversos escritores y amigos del autor, el libro que me ocupa es, como atinadamente lo dijo el prologuista, una verdadera biblia de "charrería". Lo es por la profusión de datos históricos, de detalles humanos, de descripciones interesantes, que Rincón Gallardo puso en sus páginas. Lo es, también, por ser el primero que, sobre estas cuestiones, se escribe en México.

El valor de esta obra consiste en la documentación aportada, y en el sentido que, como culto a una realidad genuinamente mexicana, arraigada en la tradición de nuestro pueblo, tiene arte---si así se le puede llamar---, de los charros, Meritoria es también por el cariño con que fué escrita y por la constancia que, a través de muchos, representa.

Aunque el valor literario de estas páginas no pueda juzgarse, porque no es la ambición de su autor haber creado una obra de gran calidad, sí es justo hacer notar que posee una corrección estimable, y un conocimiento del lenguaje, demostrado sobriamente.

Por LUIS G. BASURTO JR.

("Jueves de Excelsior" 29 de febrero de 1940)

EL CHARRO MEXICANO.--- Otro documentado libro de don Carlos Rincón Gallardo, duque de Regla y marqués de Guadalupe, con 300 páginas cuidadosamente impresas por Porrúa Hnos., y con numerosas ilustraciones nítidamente logradas. Charros de abolengo, suertes del campo, magníficos caballos y preciosidades en plata, verdaderas obras de arte de los incrustadores de antaño: cabezadas, espuelas, bozalillos, puños de machete, botonaduras, etc.

Copiamos para deleite de lectores el corrido que Eduardo N. Iturbide le dedica al autor de "El Charro Mexicano".

Cargue el toro, caporal;
Abran paso coleadores;
Que ahora le toca el turno
Al mejor de los Rincones
Pues no basta ser marqués,
ni Terreros, ni otros nombres;
Sino hay que tener como él,
Bien fajados los calzones.

Es la mera. Don Carlos, con la cabeza blanca, tiene más arrestos que muchos de los que presumen de charros. Y como ha aprendido por intuición, por estudio y por práctica diaria, cuanto se refiere a los caballos y a las suertes del jaripeo, escribe libros de maestro, que serán una enseñanza, y que, además, figurarán mañana en las bibliotecas como algo de lo bueno en cuanto a costumbres mexicanas---que desaparecen para mengua nuestra, y como una prueba de la manera de manejar el idioma sin redichos, ni pochismos.

¡Diana, diana, don Carlos, chin, chin, chin!

("Jueves de Excelsior" 7 de diciembre de 1939)



Excmo. Señor Don Eduardo Rincón
Gallardo Conde Duque de Regla,
Marqués de Guadalupe,
padre del autor.

CARLOS RINCON GALLARDO.--- "El Charro Mexicano".---Librería de Porrúa Hermanos y Cía.---México.---1939.---Rústica.---23.5 por 17.5 centímetros.---295 páginas.--
-O con propósito de agradecimiento o con los de incitar el interés de los lectores, las primeras páginas de este nuevo estudio charro de Rincón Gallardo, están destinadas a reproducir los elogios que se han escrito en su honor. Hay, entre aquéllos algunos que amparan respetables firmas en la literatura, como los de Francisco Santa María, Javier Sorondo, etc., etc., amén de la de Rivas Larrauri, el inspirado romancero del folklore.

La presente obra puede tomarse como nueva edición de una anterior titulada "Equitación Mexicana", con la circunstancia de que ahora aumenta el caudal de conocimientos incluidos en la edición anterior, con nuevas observaciones o datos---propios y ajenos---que complementan el propósito del autor de poner a disposición de quien lo desee lo que sabe de caballos, y muy especialmente del arte nacional de la charrería. Ofrece el presente volumen ventajas respecto del anterior, pudiendo citar entre ellas la correcta mano de obra (Formato, impresión de texto y grabados, etc.), y la distribución de las materias. En síntesis; un libro correctamente presentado, instructivo, ameno y, en general, bello.

("El Universal" 11 de enero de 1940)

CHARRERÍAS

Letra a letra, página por página y así cada capítulo he saboreado los decires charros que encontré en el muy interesante libro que acaba de publicarse bajo el nombre de "El Charro Mexicano" y que se debe a la erudición del señor don Carlos Rincón Gallardo. El lunes pasado tuve el honor de recibir el ejemplar que el autor me envió, lo recibí como se espera y se encuentra un toro en el partidero, mientras el enviado de don Carlos me decía algunas palabras encargo de su patrón, y al mismo tiempo hacía ademán de entregarme el volumen, yo estaba como los caballos briosos en la puerta del corral, si no fuera por la buena rienda que creo tener me hubiera puesto a cometer la primera falta a que los coleadores están propensos, hubiera bronqueado en el partidero. Terminó el recado, vi a mi alcance lo que me habían soltado y desde luego, sin pérdida de tiempo---creo que hasta me olvidé la arremangada del sombrero---, le pepené el rabo y he aquí el resultado de esta charreada literaria.

LO QUE LEI

Todo en el libro es charro, su presentación, su escritura, el idioma usado y hasta el ruido de las páginas, al ser abiertas por una hoja oaxaqueña, me recordó el rechinar de una reata sobre el fuste vaquero...

Dice que autor que el nuevo libro puede llamarse "una segunda edición" del ya agotado "La Equitación Mexicana" que él mismo diera a la estampa en el año de 1923. Creo que no; el que ahora leemos es como el padre del anterior y como si se hubiere efectuado un milagroso fenómeno biológico por medio del cual de la existencia de un hijo se hubiera engendrado la existencia de un padre. Tengo a la vista un elegante volumen perfectamente editado, con profusión de grabados, abarcando en sus renglones todos los asuntos referentes a la charrería y que puede considerarse como un tratado completo y general del deporte a que alude. Si en alguna universidad del mundo llegara a haber una cátedra sobre charrería mexicana, induda-

blemente que este es el texto que debería orientar tanto al maestro como a los alumnos de esta clase que sería, sobra el decirlo, sumamente interesante.

Cuando el inmortal charro don Luis Inclán, a principios del siglo pasado escribió su clásica obra "Reglas con que un colegial puede Colear y Lazar" puso los cimientos de la obra que cien años después habría de culminar a manos del único charro capacitado para hacerlos en nuestro tiempo, o mejor dicho, nuestro tiempo mismo, ya que don Carlos, no es sólo un individuo, sino que, en mi concepto, es la encarnación de una época. Los que escriban historia charra para que sea leída por nuestros nietos dirán, sin duda, para referirse a estos años que ahora vivimos: "en tiempos del Marqués de Guadalupe".

Hace tiempo que el señor don Carlos, platicando de asuntos charros, me dijo que estaba en preparación su nueva obra que se llamaba "El Libro del Charro Mexicano". Sería por construcción gramatical, sería por error mío de comprensión o por lo que haya sido, pero yo tenía entendido que éste último título sería el que denominara al escrito y ya que me he metido a publicar una opinión de este trabajo, debo decir que me hubiera gustado más el nombre que se quedó en la tinta que el que apareció en las pastas.

LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

Si los Asuntos que tratan las trescientas páginas charras que me ocupan fueran solamente descriptivos y dedicados a que los extranjeros---sean del país, sean de la charrería--supieran de qué color son los charros, bueno hubiera sido el primer nominativo; pero quien se deleite en la lectura de esas letras verá que este tratado es para el charro; es en realidad el libro del charro mexicano, porque en él encuentra enseñanza, leyenda plática vaqueriza, dichos bullangueros; es este volumen que acompañará a todos los que profesamos el charrismo como que es un amigo siempre dispuesto a platicar del tema más interesante dentro de nuestra afición. No es el maestro tieso y remilgoso, erudito pero lleno de pretensiones que deja caer sobre el inferior un caudal de conocimientos alambicados y rígidos, monótonos y áridos; es el charro amigo que aconseja y pone el ejemplo como si le pusieran a uno un bozalito que no lastima pero que doma.

Imagino que el libro nuevo es como un grupo de amigos estimados que constantemente me esperan para convidarme a su reunión a la que siempre soy bien llegado, en la que tendré el privilegio de determinar el asunto de la conversación y en la que siempre aprenderé algo nuevo. Abro en cualquier página el volumen y es como si me llegara al corrillo: veces hay en que se habla del nombre de las manganas y de la manera de tirarlas; otras ocasiones me presento cuando el tema son las colas, los concursos de coleadores o los métodos que hay para ejecutar la suerte. Una vez me acerqué a mis cuates hipotéticos y estaban viendo planos de lienzos, de plazas y hasta presupuestaban un nuevo local para la travesura. De todo platican y como de charros se trata, indudablemente que no falta una que otra platicadita referente a las chinas, a lo que ellas hacen y a lo que ellas se ponen. Para qué es más decir? Habiendo acentado que este es el libro del charro mexicano queda dicho todo.

No quiero terminar sin agradecer públicamente al señor don Carlos el haber insertado dentro de su obra unos comentarios míos que se refieren al por qué de las faltas en el concurso de coleadores.

Por ASTUCIA Redactor de "La Afición" (4 de diciembre de 1939)

México, 15 de diciembre de 1939.

Excmo. Dr. D. Carlos Rincón Gallardo,
Duque de Regla y Marqués de Guadalupe.
Querido Carlos:

Acabo de leer tu precioso libro "El Charro Mexicano" que tan amablemente me dedicaste. Magnífica pieza, la mejor en su género. Su materia muy interesante y bien dividida; esto sin hablar de la puridad y casticismos que os gastáis tú y el Lic. Santa María. Con que enhorabuena y mi sincero agradecimiento.

Ya te dije que iba a robarte muchas ideas y frases. Ya están, en efecto, incrustadas en un capítulo de mi obra. Me he atrevido a estampar la siguiente; "Más que describir por palabras toda esa cantidad de prendas y arreos, preferimos presentar, en grabado a toda plana, un retrato de charro, con sus correspondientes acotaciones marginales, que bondadosamente hace para este libro el maestro de la charrería mexicana, Duque de Regla y Marqués de Guadalupe".

Lo que yo quisiera, y te pido por favor, es algo parecido a lo que tú traes frente a la página 8; pero no referente al caballo, sino a las prendas de vestir del charro que deba de ir montado en él. Tú verás a quien escoges. Puede que lo más a propósito sea, aunque ampliándola un poco, la figura de D.

Pedro Rincón, frente a la página Introducción, o a la de D. Manuel Romero de Terreros, u otro de los muchos que tú podrás tener.

No es mucho muy urgente mi petición; pero sí desearía que estuviese para principios de 1940. With many thanks, in advance; con perdón del Lic. Santa María.

Yo estaré ausente desde el 22 hasta el 30; pero queda en mi despacho mi escribiente esperando tus órdenes

Muchos recados a Cona y los dos reciban los saludos y bendiciones de su afectísimos primo.

Mariano CUEVAS, S.J.

**ESQUEMAS GRAFICOS DE LOS
CHARROS QUE YO CONOZCO.**

PRIMER ARTÍCULO:

“DON CARLOS RINCON GALLARDO”.

Por ASTUCIA Redactor de “La Afición”

Ninguna persona tan principal en el mundo de la charrería como el Sr. Marqués de Guadalupe para ser la primera de quien me permita hacer un esquema que está indudablemente, muy lejos de ser una biografía o de contener todos y cada uno de los actos charros en que ha intervenido el individuo de que me ocupe.

Quiero en estos apuntes, ir poco a poco externando los conceptos que tenga yo en lo personal de los charros de esta Capital y de los Estados, con el fin de que mis lectores tengan una idea de quién es cada uno de los que ve montados, bien sea actuando en los jaripeos o paseando por esas nuestras calles y parques.

DON CARLOS

Una vez iniciada la Revolución de 1910, con todos sus ajeteos y sus perturbaciones, con el cambio económico que terminó con las grandes haciendas, hubiera quedado sepultada para siempre la tradición charra, a no ser por algunas personas que por su arraigo fuerte a ellas, las conservaron y constituyeron así el brote que habría de florecer en la charrería actual. Una de ellas fue el señor de quien me ocupo: él más que nadie, a pesar de todos los reveses que el cambio de régimen le trajo, siguió cultivando el arte charro no sólo con afición y ejercicios que le produjeran propia y exclusiva satisfacción, sino constituyéndose en estandarte y maestro, haciendo escuela y atrayendo para el deporte nacional a muchos que en nuestros días figuran en la primera línea.

La personalidad de don Carlos puede apreciarse, según lo antes dicho, en dos aspectos: el maestro y el charro y naturalmente, con largo espacio para disertaciones, cada uno de los aspectos antes dichos podría ser visto desde varios puntos ya que en ambas actividades cabe un sinnúmero de conceptos.

DON CARLOS EL CHARRO

La mayoría de los que usan las chaparreras pueden ser catalogados en dos grandes grupos: el de coleadores y el de lazadores; hay muchos de ellos que ejecutan las dos faenas, pero que tienen especialización por cualquiera de ellas y así, algunos buenos coleadores saben lazar y algunos de los buenos lazadores saben colear y luego entre unos y otros, suelen encontrarse los jinetes o mejor dicho “jineteadores” que son por lo general los muchachos principiantes y jóvenes, llenos de arrebatos. Al Sr. Marqués no puede ponerse ni como lazador ni como coleador exclusivamente, pues tanto en uno como en otro de los grupos es sobresaliente. Colea clásicamente marcando a perfección todos y cada uno de los tiempos del lance, poniendo en todos ellos una elegancia absoluta, sobre todo esto es un concepto muy personal mío en la salida. Si alguna vez se tratara de crear una coleada ideal y se dispusiera de pedacitos hechos por los mejores charros, yo tomaría la salida de don Carlos para componer el lance de ilusión. Esto no quiere decir que en los demás momentos tenga defectos, es que tiene una muy personal manera de empezar la coleada y que a mí me gusta mucho. Ni

siquiera es posible tratar de imitarlo; pues a pesar de que alguien pudiera reproducir matemáticamente todos los movimientos, el conjunto sería distinto.

Como lazador también es encomiable la actividad del Sr. Rincón Gallardo y es además de características personalísimas: ni su manera se parece a la de alguien ni nadie se parece a él lanzando. Laza con extrema elegancia y sencillez a pesar de que ejecuta los más complicados lances. Yo nunca lo he visto precipitarse; toma su tiempo, mide los momentos y es, en todos los instantes, dueño absoluto de su reata. Si la lazada es el lance señorial por excelencia, esta cualidad está amplificadas en el charro esquematizado en estos apuntes y por lo tanto, ni pensar en que don Carlos ejecute alguna mangana o pial en que intervengan brincos (siempre actúa en suelo muy parejo) y el "Tirón de la muerte", mangana creada por él y que consiste en derribar a la correlona estando el charro atado de ambos pies con el extremo libre la reata, acto que puede tomarse como el más espectacular de los que ejecuta el Marqués, lo hace de tal manera pausado y medido, que da la apariencia de absoluta facilidad.

Rara vez florea, sus manganas son de aquellas que tienen la complicación por dentro; la copa, por ejemplo, es una de sus interpretaciones mejores; parece muy sencilla, pero sólo es patrimonio de los maestros.

DON CARLOS EL MAESTRO

Además de que oficialmente la Asociación Nacional de Charros, en cuya creación intervino don Carlos, lo ha nombrado "Gran Maestro de la charrería" como justo reconocimiento de sus méritos, somos muchos los que hemos aprendido la mayor parte de nuestros conocimientos charros por instrucción suya, bien sea por sus escritos o bien personalmente.

Su labor literario-charra, es la más extensa de cuantas haya habido. Ni don Luis Inclán que fué tan fecundo en este sentido, escribió tanto como el Marqués de Guadalupe. El primer libro que vio la luz, gracias a la labor del "amo", (así lo llamamos por cariño) fue "La Equitación Mexicana" que había sido hasta hace poco fuente única de conocimientos charros y dejó de serlo hasta que apareció "El Libro del Charro Mexicano" obra máxima del mismo autor y también obra cumbre de la charrería hasta ahora. Súmanse a los volúmenes ya dichos otros varios de menos importancia, aún cuando de un grande interés para el jinete, entre ellos traducciones al español, reediciones y obras originales. Por fin, la labor periodística que ha hecho es sin par, pues a pesar de que como escritor periodista de paga, su vida comienza un poco después de que estos artículos de "Charrerías" habían comenzado a aparecer, ya con muchísima anterioridad era escritor por deleite y cada semana leíamos con mucho gusto e interés sus "pláticas".

Don Carlos tiene gusto especial en prodigar sus conocimientos sin discolerías a cualquier charro que a él ocurra, con seguridad de que será atendido con toda la buena voluntad posible y sobre el discípulo se vertirá un torrente de conocimientos sin que a ello ponga límite el maestro.

Para terminar quiero decir que don Carlos es un buen bailador de jarabe y además quiero hacer la aclaración de que en la actualidad posee otro título nobiliario que antepone al que he usado para nombrarle, sin embargo, me he tomado la licencia de llamarlo con el de Marqués de Guadalupe y no con el de Duque de Regla, por ser aquél el que todos conocemos.

ASTUCIA

Eduardo N. Iturbide, a su mejor amigo:

*Cargue el toro, caporal;
Abran paso, coleadores;
Que ahora le toca el turno
Al mejor de los Rincones.
Pues no basta ser Marqués,
Ni Terreros, ni otros nombres;
Sino hay que tener como él,
Bien fajados los calzones.
Saber dominar un "cuaco"
Siempre firme en las arciones
Y saber templar la rienda
Del "bocado" de sabores;
Pero hay que saber templarse
Uno mismo en ocasiones
En que la suerte es adversa
Y sólo nos trae dolores,
En que hay que poner el alma,
También freno de sabores,
En que hay que morderse un codo,
En que hay que tener riñones.
Siempre listo y siempre al frente
De charros y caballistas,
Sin importarle los años,
Ni las arrugas malditas,
Vuelan al aire sus canas,
Calando al potro en la pista
Y se tiñe con el polvo,
Que alzan las reses bravías;
Pero el músculo de acero
Sigue tan firme en la liza
Que no hay mozo que le iguale
Ni en potencia ni en maestría.
Fué rico y ya lo dejaron
Bien pobre los agraristas;
Y con la risa en los labios,
Va luchando por la vida;
Y hasta ahora no se rinde,
Ni odia a nadie todavía.
¡Lleva la paz en el alma!
¡La mejor de las conquistas!
Cargue el toro, caporal;
Abran paso, coleadores,
Que ahora va el bravo Marqués,
El mejor de los Rincones.*

Eduardo N. ITURBIDE

Una Biblia de la Charrería

Por D. Federico GAMBOA

Soy de antaño, enemigo de los prólogos, pero fui, de siempre, amigo de la justicia, y obra de justicia se me antoja aplaudir a dos manos, como en estas líneas lo aplaudo, *El Libro del Charro Mexicano*, de que es inteligente autor el señor Marqués de Guadalupe don Carlos Rincón Gallardo, y que pronto saldrá por esas calles de Dios, castizamente ataviado, a ganarse plácemes y felicitaciones muy merecidas. Es éste, libro repleto de doctrina charra y que viene a llenar un vacío en nuestra bibliografía, supuesto que el charro es producto exclusivo de nuestra tierra, en que se meció su cuna; en la que conforme fue creciendo ha pasado por vicisitudes inenarrables, desde las anejas a su natural y arriesgado ejercicio en haciendas y ranchos, hasta las épicas, cuando el insurgente y guerrillero saboreó las mieles de las cargas heroicas y triunfales; y de la que nada ni nadie habrá de arrancárnoslo, mientras México aliente y viva.

Con indiscutible derecho hemos prestado nosotros a la voz “charrería” y sus varias derivadas, acepciones del todo distintas de las que, por su parte, les tiene prestadas en su Diccionario la Academia Española, autoridad máxima del idioma que se habla en la Península y en nuestra América. Según la Academia, el femenino “charrería” quería decir en España: “charrada, obra de mal gusto”. A su vez, “charrada” significa: “dicho o hecho propio de un charro”, “baile propio de los charros”, y en lo familiar y figurado: “obra o adorno impropio, sobrecargado o de mal gusto”. Por último “charro, charra”, adjetivo que también se usa como sustantivo, se dice del “aldeano de tierra de Salamanca”; en lo figurado de lo “basto y rústico”, y en lo figurado y familiar ---acepción ésta que por igual le damos acá---: de “algunas cosas demasíadamente cargadas de adorno, y de mal gusto”.

Para nosotros el “charro” es nada menos que el tipo del mexicano por excelencia, el símbolo mismo de nuestra nacionalidad; pues no hemos tropezado todavía ni parece fácil que en lo futuro tropecemos con otro ninguno que reúna las muchas características que él atesora y lo vuelven tan exclusivamente nuestro, que hasta los extranjeros, cuando se meten a representarnos en la pintura, el grabado, la caricatura, al charro acuden, así la mayoría de las veces lo presenten con aspecto y arreos ---el traje particularmente--- que lo disfrazan y aun desnaturalizan. Por donde resulta que cualquier libro que del charro se ocupe, es libro mexicanista si los hay, y su autor, acreedor a nuestro aplauso y agradecimiento. Y como el libro del señor Rincón Gallardo no es el de un aficionado más o menos perito en equitación a la mexicana, sino resultante de vastos conocimientos en toda especie de equitaciones, la nuestra y las ajenas; escrito por un caballero de los pies a la cabeza, que por idiosincrasia y abolengo ama y reverencia a Dios, a su patria y a su dama ---los tres cultos sagrados que de muy antiguo han sido sello y patrimonio de barones, cruzados y gentes de armas---, el libro resulta, no una biblia de la Andante Caballería, herida de muerte por la sátira genial del “Ingenioso Hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra”, cuya pluma milagrosa pudo harto más que tizonas y lanzas de Amadises y Palmerines, sino biblia de la charrería mexicana, jamás como ahora tan bien sentida y explicada.

Libros anteriores sobre el propio asunto? Yo sé de uno solamente que, cual si fuese hidalgo portugués, ostenta diversos apellidos: “Astucia, el jefe de los Hermanos de Hoja, o los Charros Contrabandistas de la Rama”, sacado a la luz en noviembre de 1886 por orden Luis G Inclán, caballista modesto y entendidísimo. Un libro excelente, tanto, que no es únicamen-

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

te repertorio y archivo de lo que un charro que de serlo se precie, ha de saber y practicar; es además, venero caudaloso de voces y locuciones mexicanas de pura cepa, unas en desuso y de recibo otras, a lo que el autor debe que el sabio y venerable don Joaquín García Icazbalceta lo cite a menudo en su, por desgracia, incluso y ya clásico "Vocabulario de Mexicanismos", y que don Carlos González Peña, uno de nuestros académicos más merecidamente leídos y aplaudidos, hiciera objeto de su discurso de recepción, la humilde vida de Inclán y su precioso y olvidado libro.

El del señor Rincón Gallardo, sin embargo, lo supero con mucho por razones fáciles de entender. De don Luis G. Inclán, nacido y criado en una hacienda, puede decirse que nació a caballo y que, antes que el Silabario de San Miguel aprendió de rapaz a montar pencos: a la buena, si eran mansos, o a la mala si eran brutos y "rejegos". Creció y se formó dentro del más propicio ambiente para pronto graduarse de consumado jinete, domador de potros salvajes y su hábil arrendador luego, juez y parte en jaripeos, herraderos y "capazones", arreador de ganados y qué sé yo cuántos primores más. Por lo que así como en el romance carolingio de "Julianesa", se dice:

---"Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear;
Mi dormir, siempre velar..."

De Inclán podría decirse, en tono menor por supuesto, que sus arreos lo fueron el jirano, la chaqueta de gamuza y las chaparreras de venado; su descanso, el cabalgar; su cama, la silla vaquera, y su dormir, soñar de continuo con la charreada. Fue, una palabra, charro instintivo y empírico, cual la inmensa mayoría de nuestros charros, que a fuerza de revolcones y caídas ---"no es jinete el que no cae"---, paso a paso y tumbo a tumbo llegó a maestro en el viril oficio; y que por remate, viejo ya e impedido, en la penumbrosa quietud del pobre tenducho que diérale de comer, comido él de añoranzas y dulces recuerdos, se puso a redactar su feliz y valioso "Astucia", que correa mexicanismo del bueno en cada una de sus hojas.

El señor Rincón Gallardo, al contrario; nació en finos pañales y la mayor parte de su educación la hizo en Inglaterra, en la que aprendió por añadidura a las varias enseñanzas que en aquellos afamados colegios se imparte, la ciencia de montar a la inglesa, disciplina a la que, me sospecho, conservaría sus mejores predilecciones, si ha de. Juzgarse por lo aventajado que salió en tales menesteres. Sería allá, bajo las brumas británicas, donde despertó esa acendrada afición caballista que ya no había de abandonarlo, o sería aquí a su vuelta, según iba visitando las haciendas de sus padres y deudos, todos muy mexicanos y muy de acaballo. Me temo que ni él mismo podría decírnoslo con rigurosa exactitud. En Inglaterra, en tanto su adolescencia se agostaba y su juventud florecía, más de una morriña con las que aquel cielo sombrío y aquel clima inhospitalario regalan a indígenas y forasteros, él ha de haberlas deshecho con sólo volver su aterido pensamiento de desterrado voluntario, hacia lo que por acá dejara, principalmente las fiestas rancheras que llevaba en la masa de su sangre. Las impresiones de nuestra infancia son tan hondas y perdurables, que no digo yo los países más refinados y cultos, ni el tiempo, que sabe borrarlo todo, acierta a borrarlas.



Don Luis Cortina y Cuevas, Don Manuel Rincón Gallardo. La Excm. Sra. Marquesa de Guadalupe, con sus hijas Concepción y Carlota; y el autor, en la hacienda de Chicvasco.

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO



Don Eduardo N. Iturbide y Plancarte.

Sea lo que quiera, aquí, entre los suyos y dentro de los suyo, halló ancho campo para que sus arraigada aficiones se desarrollaran y perfeccionaran con un ejercicio casi diario. Es tan insólito su caso, que sin descuidar las atenciones sociales y mundanas a que su posición social lo llevaba a la fuerza, sí las relegaba a segundos términos, y a las haciendas escapaba: a saraos y minuetos, prefería los coleaderos y crinolinas de su reata, y a la atmósfera poco higiénica de clubes y comilonas, el aire puro de llanos y cerros que vigoriza el cuerpo, limpia el pensamiento y dilata el alma. No estaba conforme con su maestría en la “alta escuela”, porque no es inglés; su abolengo, su nacimiento y su corazón, aún exigíanle que fuera charro. Y llegó a serlo, irreprochable y arrojado como el mejor charro mexicano, aunque con una superioridad involuntaria: la vasta técnica de que es dueño, y de la que quiere que participen todos los que lean su libro.

Luego vinieron nuevos viajes que le significaron el especializar más y más sus estudios hípicas, así ensanchar, por ende, sus conocimientos ya adquiridos. Con atinado criterio, comparó y aprovechó cuanto veía, inquiría y estudiaba, hasta no acumular el rico acervo que hoy posee y que le ha valido el que, peritos y aficionados ---¿y vaya si los contamos a millares en nuestra tierra!--- lo tengan y reconozcan, justicieramente, por innegable autoridad en achaques de charrería.

Ni los años ni su cambio de estado lograron apartarlo de sus ejercicios y lecturas; lo confiesa en su libro, que con marcada ternura va dedicado a sus nietos, dos arrapiezos que apenas si se alzan unos cuantos palmos del suelo. “... Por atavismo ---les dice--- os llega lo charro... Conservad la tradición y un recuerdo cariñoso de vuestro abuelo que pide a Dios seáis siempre caballeros cristianos y valientes...” Y como si su mocedad hubiese carecido de ocaso, hartó se aprende oyéndolo discurrir sobre jinetes y cuacos, y todavía da gusto verlo, a pie o a horcajadas, demostrar objetivamente cómo ha de comportarse en todos los accidentes campiranos, un charro sabidor y de vergüenza.

Su libro ---repito--- llena enorme vacío y está llamado a ser obra de consulta, aprendizaje y enseñanza; a corregir defectos y vicios que el uso consuetudinario ha sancionado; a dirimir disputas, disipar dudas y fijar, si se permite la frase, la jurisprudencia charra. Es concienzudo estudio, algo muy nuevo sobre algo muy viejo entre nosotros, ¿montar a caballo!, en que el autor vertió su ciencia y su experiencia, y en cuyas nutridas páginas aletea un entrañable amor a México. Yo le auguro aplausos cordiales e incontables lectores en ciudades, pueblos, haciendas y ranchos, dondequiera palpite un corazón de mexicano bien nacido; pues únicamente los descastados y los “snobs” no gustan del noble bruto ni se ufanan de portar, cuando lo cabalgan, el traje charro, que es, fue y esperamos siga siéndolo por siempre y a pesar de las modas y costumbres modernas que pretenden en vano desfigurarnos, nuestro querer, nuestro emblema y nuestro orgullo.

Una omisión me permito subrayarle: que nada más dijera, al hablarnos del “Origen del Charro Mexicano”: “Los conquistadores nos trajeron los primeros caballos, que fueron de origen árabe, y de ellos, Bernal Díaz del Castillo nos da una reseña”. Esos caballos, que el insuperado autor de la peregrina “Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España” salvó del olvido, se merecen de sobra que, descartados los que descartó el ilustre “Vecino e Regidor de la muy leal Ciudad de Santiago de Guatemala”: el alazán tostado que “no fue bueno para cosa de guerra”; el castaño claro tresalbo, que no lo fue tampoco, ni el “overo algo sobremorcillo que no salió bueno para cosa ninguna”, figuren en libro tan completo, con sus pelos y señales, y en los propios términos con que los retrató aquel historiador ejemplar:

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

---“Una yegua alazana muy buena, de juego y de carrera; una yegua rucia, de buena carrera; otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos “La Rabona”, muy revuelta y de buena carrera; un caballo castaño oscuro, harto bueno; un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto; una yegua rucia machorra pasadera, aunque corría poco; un caballo castaño oscuro, muy bueno e gran corredor; un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien; un caballo overo, labrado de las manos y era bien revuelto; un caballo muy bueno de color castaño algo claro e buen corredor, y un muy buen caballo que decían “El Harriero”. Este fue uno de los buenos caballos que pasamos a la Armada...”

Son ellos, dicho sea sin irreverencia, los Adanes y las Evas del caballo mexicano, que es el que más sabe de los duelos y alegrías de nuestra trágica existencia como individuos y como pueblo.

*Al frívolo bullicio de los salones
ennoblece tu prócer cabeza cana;
y, en el frac, una altiva venera grana
da fe de la prosapia de tus blasones.*

*Ellos ---pregón heráldico de tradiciones---
evocan la solemne visión hispana
del Virreino, y aquella pompa lejana
vive en ti sus postreras palpitaciones.*

*Del tropel de centauros de un jaripeo
tu reata que, rauda trenza un floreo,
a un bronco potro en fuga detiene el brío
y allá tras la mangana que al bruto amarra
Marqués de Guadalupe, tu estampa charra
es como un "¡Viva México!" ronco y bravío.*

Tomás G. PERRIN

Un Libro Nacional de Charrería

Por Francisco J. SANTAMARIA

A Don Carlos Rincón Gallardo, Gran charro de la nobleza, Marqués de la charrería, que unió a su abolengo noble su condición de caballero completo.

F.J.S.

A 1°. De febrero de 1938.

Sr. Don Carlos Rincón Gallardo,

Marqués de Guadalupe.

Dinamarca, 29.

Ciudad.

Mi querido Marqués, excelente amigo:

Feliz ha sido la oportunidad que tuve, en medio de tanta desgracia como la de perder a mi amada compañera de la vida, al tener en mis manos "El Libro del Charro Mexicano" de que es usted autor y anda en vías de publicar.

Mi doliente condición de torturado, con un dolor a cuestras que aun hoy mismo, por hondo, me punza más cruelmente la entraña, no hallaba acomodo propio ni en la lectura; en la lectura, óigalo usted, en la única ocupación que ha podido en mi vida obrar el sortilegio de enajenar mi espíritu. Tomé entonces este libro del charro. Derivé en el viaje matinal del tranvía, de la casa a la oficina, y cuando hube de bajar, advertí que la media hora había transcurrido sin sentirlo yo y que mi pena, ausente en ese mismo tiempo, me dejaba descansar, ¡El Libro había obrado el milagro de abstraerme, retirándome de mi dolor, de este mal enemigo contra el cual todavía riño dura batalla! Después me cosagré a leerlo, a gustarlo por entero.

Y es no solamente porque el libro sea ameno y entretenido, como de cierto lo es, sino porque trata una materia enteramente distinta a la más común en mis lecturas (lexicográficas, lingüísticas, literarias en general), y parte más: porque el libro me transportó a épocas de mi mocedad campesina, de mi adolescencia de ranchero de mi juventud de hombre de campo. El estado de mi ánimo abatido encontró en él incentivo para distraerse como en nada, al revivir un época lírica de felicidad, la del divino tesoro que cantó Darío. El espíritu, egoísta o avaro por excelencia, si un estado presente lo altera o desazona, otro estado anterior, de gran recordación, lo sosiega, lo acalla y hasta de fijo lo conforta. Ve usted cómo su libro ha sido doblemente oportuno y grato para mí, y por qué debo agradecer a usted doblemente también habérmelo dado en primicias de saboreo antes de pasar a los tórculos y aun antes de ponerse en capillas.

Ciertamente ya no soy hombre de la hebra, ni menos fui ni he sido nunca doctorado en tan entretenidas y varoniles como arriesgadas lides charriles; pero tuve mi corazoncito, mi caro Sr. Marqués, y no dejé de echar mi cuarto a espadas en eso de hondear el peal, de estirar cuadril a una becerra o de sujetar por la barba y la oreja a un potrejón, para hacerle dar en tierra. De modo que al recorrer las páginas de tan donosa narración, veo pasar a cada uno de mis camaradas rancheros caracoleando sus cuacos, rayarlos y aun sentarlos de nalga, haciéndolos recular a puro pulso de rienda, como usted tan acertadamente dice. Y veo al par

de la "vaquerada", el rodeo del rancho, el hatajo yeguerizo que guarda un garañón, dueño y señor de la yeguada, celoso sultán bravío, a uno de cuyos tipos ví arrancar las partes nobles de salvaje mordida a su rival intruso, en el acto en que éste copulaba a una infiel de las he-tairas de su serrallo.

El esclarecido patriarca de las letras mexicanas, don Federico Gamboa, ha dicho bien al apellidar de "Biblia de la Charrería" al simpático e inteligente libro de usted, en brillante artículo que publicó y en el cual amplía y donosamente estudia la obra. Una Biblia con toda la Barba, como ahora se dice, es en efecto. Metódico en la exposición sistemada de todos los asuntos relativos al hombre de a caballo; documentado, con erudición de la buena, en observaciones, consejos y advertencias. Claro y sencillo y ameno en la narración, su libro no dejó rabo por desollar, sigamos al decir, en la asignatura de su objeto. El rico y único vocabulario de charrería, con que termina, instruye a quien lea el libro, sin ser perito en la materia, y le pone al cabo de cada cosa y aun de cada caso de tantos peculiares y propios de la charrería mexicana.

Pero esta Biblia tiene otra importancia, que es de enunciarse y pregonarse. Esta Biblia se refiere estrictamente a la charrería nacional de México; a nuestro hombre de a caballo, de calzoneras y sombrero ancho y copa alta.

Corren por esos mundos los buenos libros del jinete español, del caballero sajón y aun de cada "charro de agua dulce", en páginas más o menos narradoras de pormenores y andanzas de caballería. Pero nos hacía falta un libro propio y exclusivo del charro mexicano, de nuestro tipo nacional vernáculo de hombre de a caballo; distinto por su indumento, distinto por su personalidad. Como este charro es representativo genuino de la nacionalidad, no es cosa de decir que el libro que de él se ocupe será libro vinculado, fuerte y hondamente, con el corazón de la patria, con la médula de nuestra raíz indígena injertada en tronco europeo, o viceversa; o dicho en otros que llamaremos más cristianos términos, de nuestro tipo mestizo que es, hoy por hoy, el de mejor madera para montar y charrear, por más que de criollos legítimos y aun de más arriba, de gente puramente castiza y castellana, venga nuestro abolengo de caballistas y jinetes.

Sangre de nuestros padres españoles y sangre de nuestros abuelos indígenas dio esta mezcla, y de esta mezcla procede sin duda el tipo representativo de una nacionalidad que nos enorgullece. El charro es tan mexicano que viene al caso una anecdotilla que yo me sé y que a un mexicano se refiere. Un guitarrista famoso, folklorista tabasqueño, contratóse en Nueva York con uno de tantos judíos empresarios, para tocar su maravillosa guitarra en un teatro, que no era por cierto de los del Harlem ni de "Lexington Avenue", en la grotesca ciudad de las monstruosas maravillas. La noche en que debía tocar nuestro admirado guitarrista, Francisco Quevedo (hoy lamentablemente muy enfermo y viejo), concurre correctamente vestido de frac, digamos de caballero de punta en blanco. Verlo el empresario fenicio y poner el grito en el quinto cielo, fue todo uno.

---Pero, usted es el mexicano que va a tocar la guitarra?, exclamó, sorprendido y disgustado. No, "my dear friend"; yo he anunciado a un mexicano, y si usted se presenta con ese traje y no el de charro, el público se subleva y yo tengo por lo menos que devolver las entradas. O usted se viste de charro, o usted no toca la guitarra en el teatro.

Y como nuestro Quico Quevedo no es charro; ni a creído nunca tener piernas de tal, tampoco fue mexicano para tocar la guitarra y perdió el contrato.

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

El concepto es erróneo y no está bien; claro será, mi caro señor Marqués, que se crea que todos los mexicanos tenemos que vestirnos de charro para responder a nuestro gentilicio; pero claro será también, clarito como gota de agua de la limpia, que ser charro quiere decir ser mexicano... y no hay qué decir más.

Como su libro va, además, cuidadora, artística y agradablemente ilustrado, el banquete que nos reservamos al devorarlo, jinetes y aficionados, no es para dicho, y queda usted seriamente convidado a la charreada, por este su verdadero amigo que con el alma le agradece haberse acercado con este dulce consuelo en tan ingratas horas y que lo abraza cordialmente.

Francisco J, SANTAMARIA

Charro Gallardo y Gentil

Con todo respeto al Sr. Carlos Rincón Gallardo, Marqués de Guadalupe, exponente viril y digno del Nacionalismo en México.

.....Charro gallardo y gentil,
eres bizarro y marcial,
el tipo más varonil,
y un emblema nacional.

Es tu sombrero jarano,
con alas de amplio vuelo
como un volcán mexicano
cuya copa apunta al cielo.

Y cuando el jarabe suena
en cualquier fiesta o verbena,
el sombrero galoneado
con áureo metal bordado
por mano mágica y fina,
sirve cual tapete de oro
al estuche verde y oro
que guarda al pie de la china.

Tu chaqueta es recortada,
de alamares recamada
a colgajos de carnaza,
con su filo bien plateado
y cuero color bronceado
cual fue tu gloriosa raza.

La regia botonadura,
áurea o de impecable albura
que la belleza remata
del pantalón ajustado,
franjas de cielo cuajado
con estrellas de oro y plata.

Zapatos rechinadores;
de brillantes resplandores
tus espuelas de metal,
y atrás bordado un caballo
una herradura, un gallo,
o tu escudo nacional.

Y la corbata encendida
que en tu pecho va prendida,
cual símbolo de bravura,
es de floridos vergeles,
puño de rojos claveles

color de tu sangre pura.

*Y cobijas a tu china
con una prenda divina
de los más vivos fulgores...
Prenda de mágico brillo
tu sarape del Saltillo,
que al iris dio sus colores.*

*Charro gallardo y gentil,
el tipo más varonil...*

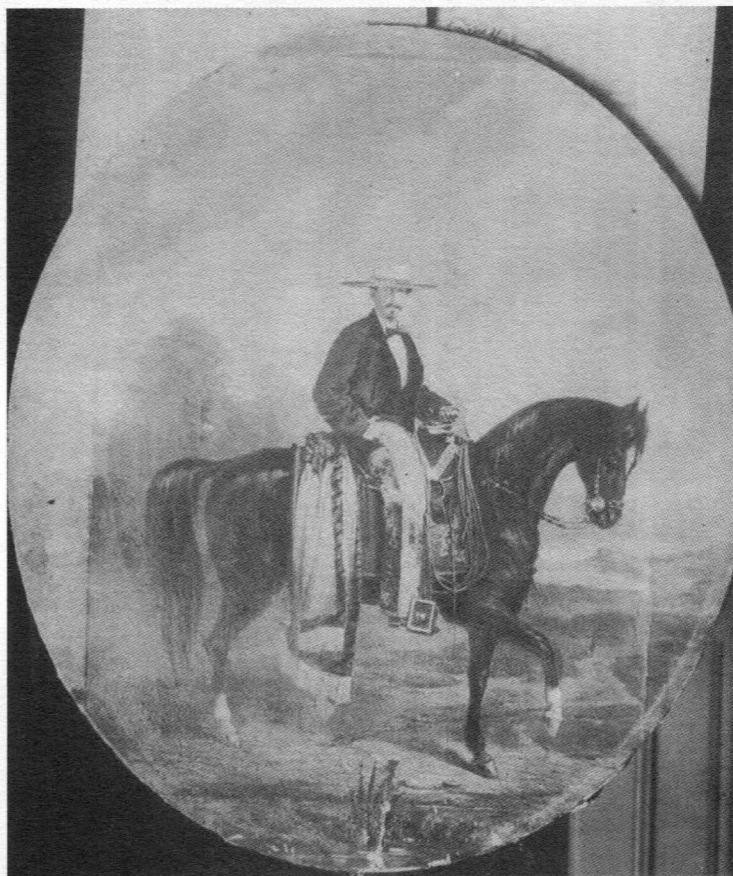
*Que como el héroe Galeana,
igual tira una mangana
con alarde de valor
al cañón de un invasor;
que al tañer de una guitarra
dice amoroso a su charra
---esbelta como una palma---
la sentida filigrana
de una canción mexicana,
que es la música del alma!*

*Que ama a su Virgen Morena,
a su china cuando es buena;
y es adalid en la guerra
en la que estoico ha peleado
por otro amor muy sagrado,
que es la música del alma.*

Patria:

*Tus gallardo y potentes
charros, fuertes y valientes
te veneran con cariño;
pues el charro desde niño,
en un coro de rapaces
todas las vibrantes frases
de tu himno patrio sintió,
y si peligras tu suelo...
“¡Piensa, o patria querida, que el cielo,
un soldado en cada hijo te dio!”*

Enrique GUERRERO.



Sr. General Don Pedro Rincón Gallardo y Rosso.

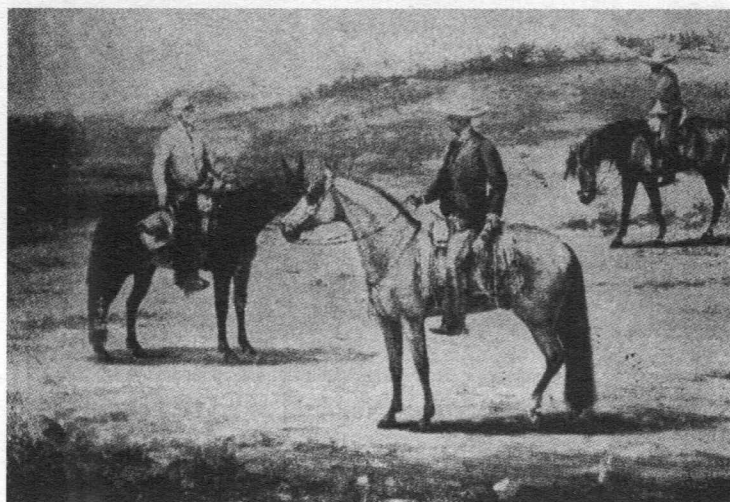
EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO



El autor a los 72 años de edad.



Excmo. Sr. Don Manuel Escandon y Barron
Marqués de Villavieja.



Don Eduardo Cuevas y Rubio.

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

Lagos de Moreno, 24 de marzo de 1933.

Excmo. Señor Don Carlos Rincón Gallardo

Marqués de Guadalupe.

México.

Señor de mi respeto:

Se ha dignado usted prestarme, y he leído con delectación e interés, los apuntes originales para el próximo libro que se propone usted publicar sobre "Charrerías Mexicanas", el cual ha escrito con verdadero amor y atinado criterio.

Parecería que no siendo yo un "charro" disonara mi parecer como una intromisión; pero es que casi no opino, sino que sólo le consigno aquí las impresiones que su monografía me ha despertado, en forma de entusiasmo y de aplauso.

Entraña su libro gran documentación, ambiente local, mucho colorido, muchas observaciones, muchos conocimientos en el ramo, y sobre todo, mucho cariño por lo nacional.

Por ello es por lo que creo que ha producido usted obra patriótica digna de todo encomio, y de promulgación incondicional. Y aquí recuerdo que el Señor Licenciado M. Altamirano dijo alguna vez; "que el día que en México cesara el culto a la Virgen de Guadalupe, desaparecería la nacionalidad mexicana..." y yo, parodiando sus palabras, y guardadas las distancias, pudiera también decir que el día que en xico desaparezca el "charro", el alma nacional habrá dado un paso atrás en forma irreparable.

Pensando eso le reitero que ha hecho usted obra meritoria, por la cual lo felicito cordialmente, enviándole todo mi aplauso, que no por insignificante, deja de ser muy sincero.

Soy de usted afmo. S.S. que estrecha su mano.

Francisco GONZALEZ LEON

Al Marqués de Guadalupe

No hace sombra en el potrero
de la ciénega de Mata,
cuando en su potro ligero,
nudos del viento desata.

Lorenzana del sombrero,
lechuguilla de la reata
y el monóculo altanero
con un eslabón de plata.

Como Don Luis de Velasco
es un "lindo hombre a caballo"
en el lienzo y en el casco;
y si alguien su paso entupe,
sólo del rey es vasallo
el Marqués de Guadalupe.

Xavier SORONDO.

Al señor don Carlos Rincón Gallardo,
Marqués de Guadalupe, que pa eso de
la charriada es un águila discalza. Li
ofrezco estos pobres versos en preba di
almiración. Humildemente.

Carlos RIVAS LARRAURI

*Mis jefes... mis jefecitos...
mis guenos señores amos...
astedes dirán que yo
soy dialtiro tan malcriado
que me meto en un nigocio
onde nenguna falta hago...
Y en tal vez tengan razón
los qui ansina haigan pensado,
pero es que... ¡palabra di hombre!
me sento tan mexicano,
que no he podido aguantar
las ganas d' echar mi cuarto
a espadas en este libro
qu' es el Libro de los Charros,
con estos mugres versitos
que manque son retemalos,
ispresan el sentimiento
de todo guen mexicano
en asunto tan piocha
como es este de los charros.
Y ora que'l señor Marqués
de Guadalupe, va a darnos
un quemón con la qu' intiende
d' estas cosas, por, de plano,
le he dado guelo a l' hilacha
---metiéndome di atascado
y de metiche in negocios
onde ninguna falta hago---*

*nomás pa decirle al jefe
don Carlos Rincón Gallardo,
cuantísimo li agradecemos
su libro los ciudadanos
que vemos en estas hojas
mesmamente com `un cacho
de l'alma y del sentimiento
d'este pueblo mexicano...
Y a más, pa alvertir a ustedes
que se pongan agusados
pa leer todos los primores
de qui habla el señor don Carlos.
¡Con que... pélenla Jalisco
Y pánganseme muy changos,
qui hora va il señor Marqués
a echarle su maiz al gallo,
tratando de charrerías,
él, qu`es charro entre los charros!*

Carlos RIVAS LARRAURI.

Mi Homenaje al Señor Don Carlos

Rincón Gallardo, Marqués de Guadalupe

Como he tenido la satisfacción de tratar al Señor Marqués de Guadalupe, y he sido honrado con sus consideraciones, hoy al tratarse de celebrar la aparición de su nuevo libro: EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO, quiero rendirle, aunque sea en forma modesta, un homenaje.

No soy entendido en equitación, ramo del humano saber en el que sobresale nuestro compatriota; por eso adopto, para agasajarlo como merece, la forma humorística, única que puedo emplear, tratándose del ramo en que él es autoridad reconocida. Consiste el homenaje, en la dedicatoria de un divertimento sugerido por la primera plática que tuve con él. He aquí lo que escribí para ofrecerlo al noble y caballeroso amigo:

CARTA DE UN CHARRO MEXICANO A SU AMADA:

Señorita:

Corcovea aún mi pensamiento en el machero de mi cerebro, porque recuerdo los bríos de usted cuando se destacó entre las potrancas del salón. Allí la ví a usted caracolear, enjaezada con su mantillón canelo, y bailando al tranco, como una amazona, sobre la alfombra tordilla y entre los cortinajes alazanes. Para mí, fue aquel un pienso de amor que me hizo relinchar, y hasta respingar de satisfacción.

Me ha quitado ya el bozal de la timidez y la gamarra de la duda, para no tener freno alguno que me impida hasta desbocarme, si fuere preciso, al seguir la pista de usted. Por eso le propongo que echemos a jinetear nuestras esperanzas de felicidad, de modo que lleguemos al galope al Edén de mis ensueños. Si usted --- que no es una mula cerrera--- se resuelve a que me la lleve a la grupa, podremos caminar a rienda suelta hacia lo porvenir; y así, ya no me atacará el muermo de la desesperación, ni los torzones que he sentido por sus desdenes.

Tengo noticias de que un caporal infeliz ---el mismo que en su jamelgo hace santiaguitos ante su balcón--- quiere llevársela en ancas; pero es preciso que usted sepa que ese no es más que un mozo de estribo incapaz de apersogar a usted, no diré con un tercio de alfalfa, pero ni siquiera con un manojo de zacate, pues no pasa de ser un caballero, que no merece el caporalato.

Ya sabe usted, señorita, que a caballo dado no se le ve colmillo, y si yo no estoy dado a usted lo natural es que consienta en que ese mayordomo, que se llama el Cura Párroco, nos eche la mangana de San Pablo, y en que el arrendador, que es conocido por Juez del Registro Civil, remache la comprensión de nuestras almas, para que amancornadas, lleguen al corral preparado para usted, a fin de atenderla, no a mesa y mantel, sino a pesebre y a aguaje, formando ambos el tronco luciente de los amantes correspondidos.

EL CHARRO DE TIERRA ADENTRO

Por la copia: M. BRIOSO Y CANDIANI.

DON CARLOS RINCON GALLARDO

Ex Inspector General de las Fuerzas Rurales de la Federación.
Ex presidente de la Asociación Nacional de Charros 1934.
Presidente Honorario de la Asociación Nacional de Charros de Tampico.
Presidente Honorario de la Asociación Nacional de Charros de El Oro.
Presidente Honorario de la Asociación Nacional de Charros de Aguascalientes.
Presidente Honorario del Jurado de Honor de la Federación "Organizadora" de Charros en 1934.
Miembro Honorario de la Asociación Nacional de Charros de San Luis Potosí.
Socio Honorario y Consultor de la Asociación Nacional de Charros de la Capital.
Ex Director del Grupo Unión de Amigos Charros de México.
Declarado por el Centro Técnico Campesino de Occidente: Representante y Alma del Deporte Nacional.
Consultor Técnico y Miembro Honorario de la Palomino Horse Assosiation and Stud Book en California.
Presidente Honorario y Consultor Técnico por vida de la Asociación de Charros de California.
Graduado en el Instituto THE BERRY SCHOOL OF HORSEMAN SHIP, EN EL Curso de Doma de Caballos y Corrección de Vicios de los mismos, etc., etc.

CONDECORADO CON LAS SIGUIENTES MEDALLAS

Medalla de Oro Feria de Tacuba. Primer Premio en el Concurso abierto de Coleadores.
Medalla de oro. Primer Premio en el Concurso de Coleadores A. M. Z. X. MCMXIX.
Medalla de oro. Primer Premio. Concursos de Charros Parque Lira.
Medalla de oro. Primer Premio al Valor a la Destreza en el Jaripeo 8-V-1921
Tres Medallas Primeros Premios Concursos de Charros del 1928.
Medalla de oro Al Mérito Charro. Conferida Por La Asociación Metropolitana de Charros.
Medalla AL GRAN MAESTRO DE LA CHARRERÍA. Otorgada por la Asociación Nacional de Charros el día 1º. de agosto de 1937.
Medalla de 1ª. Clase al Mérito Charro --- Bodas de plata de la Nacional.
Consultor Técnico de la Asociación Nacional de Charros 1938.
Medalla de Presidente de la Asociación Nacional de Charros de la Capital.
Socio Honorario y Consultor de la Asociación de Charros de Nombre de Dios Dgo.
Presidente Honorario por Vida de la National American Charro Association, Inc., etc., etc.



Además de los títulos de Conde de Regla y Marqués de Guadalupe, que ha recibido de sus gloriosos antepasados, don Carlos Rincón Gallardo tiene además el muy bien ganado de "Apóstol de la Charrería".---Porque nadie quiere, cuida y protege el típico deporte, como Don Carlos.

Animador de Competencias hípicas, romántico enamorado de las faenas charras, este excepcional deportista, es también "Amigo Número Uno" del caballo en México.

Su avanzada edad no le impide todavía---y no lo logrará en muchos años más--- perder sus arrestos caballerescos que lo han hecho una figura indispensable y un consultor insustituible en asuntos hípicos en general y en el nacionalísimo deporte charro en particular.

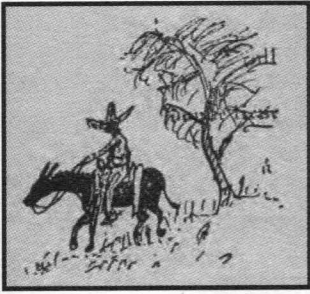
Además, Don Carlos lleva cumplida una meritoria labor literaria que señala rumbos de buen decir, de sabor campero y de lucido ingenio, a la crónica de charrería.---Es un charro escritor y un charro noble y caballero

INTRODUCCIÓN

LA EQUITACIÓN MEXICANA Y EL CHARRO MEXICANO ya están en el mundo de los libros raros, y como los amantes de nuestras vaqueras faenas los buscan con tesón de voluntad, y no los consiguen, doy a la estampa la presente obra que bien puede llamarse la tercera edición de aquellas, con la diferencia de que va corregida y aumentada. Ojala que este trabajo sea bien recibido, pues contiene cuanto con lo charro se relaciona.

Y ahora, Lector amigo, digo como diría Cervantes: Si por tu mala ventura no eres charro, y por ende no has saboreado las mieles de nuestras faenas nacionales, lee este libracó, y si haces número en la bizarra legión de los verdaderos mexicanos léelo también; que no es tan tedioso ni de tan poco sabor que te haga perder el tiempo; antes bien cuenta con recibir de su leyenda un poquillo de divertimento. Y con esto quédate a Dios, y Él te guarde, y a mí me de vida y salud para charrear y escribir más.

Vale in perpetuum.



TRANCO I

Origen del charro mexicano y de sus arreos. El caballo. El caballo charro. Partes exteriores del noble bruto. Aplomos de las caballerías. Colores, manchas y remolinos. Algunas enfermedades de la cabalgadura que deben ser conocidas por todos los jinetes. Algunos defectos de las remudas. Manera de conocer, a simple vista, la índole de las bestias caballares. Consejos para elegir el cuaco de silla. El caballo cerrado. La mula. Consejos para el mejoramiento de la raza caballar.

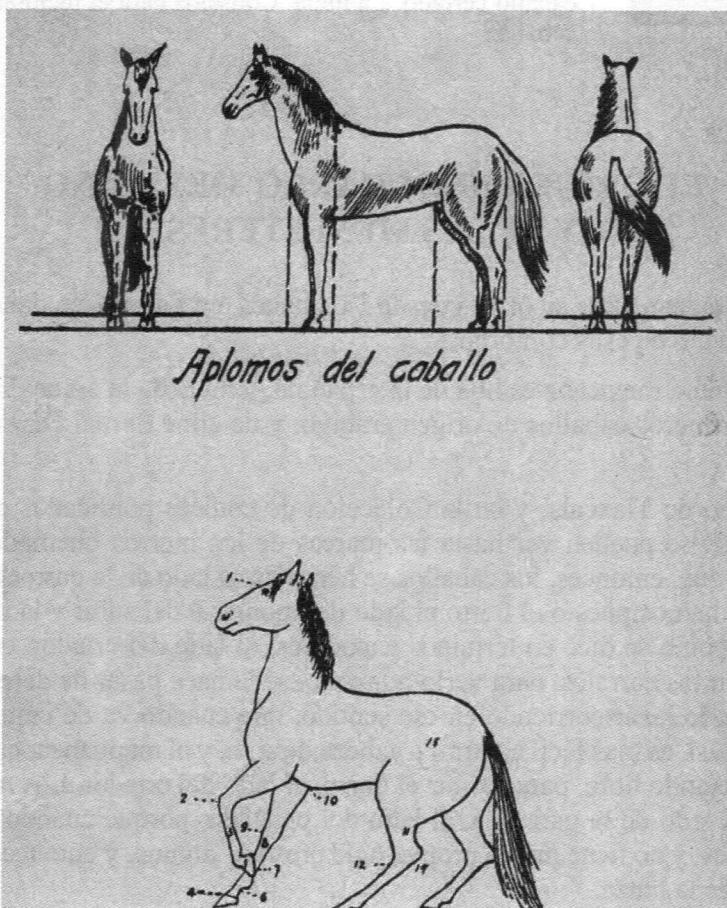
EL ORIGEN DEL CHARRO MEXICANO Y DE SUS MENESTERES

El charro mexicano trae su origen desde Salamanca, en España, en donde designan con tal nombre al aldeano de esos contornos.

La silla vaquera mexicana es hija de la española, y nieta de la árabe. Los conquistadores trajeron los primeros caballos de origen arábigo; y de ellos Bernal Díaz del Castillo nos da una reseña.

En el Lienzo de Tlaxcala, y en la Colección de codices publicados por la Junta Colombiana en 1822, se pueden ver hasta las marcas de los hierros quemadores, y notan la particularidad de que, entonces, los caballos se herraban al lado de la garrocha, mientras que nosotros siempre hemos puesto el fierro al lado del montar o del subir y la razón por la cual marcamos así, o como se dice en términos ganaderos, al lado del criador, es que cuando se corre el ganado en los corrales, para verlo o lazarlo, se le hace pasar de derecha a izquierda, por ser mas cómodo lazar corriendo en ese sentido, que cuando va de izquierda a derecha, pues mecateando así, es mas fácil amarrar a cabeza de silla, y al manganear caen sobre el lado de la garrocha, dejando libre, para recibir el fierro, el lado del criador. Los rancheros llaman con frecuencia al lado de la garrocha, el lado del prestado, porque cuando alguno necesita herrar sus animales, y no tiene marca propia, pide prestada alguna, y entonces es de rigor que la ponga al lado de la lanza.

El caballo, animal desconocido para nuestros naturales, se multiplicó rápidamente en los inmensos agostaderos del territorio nacional, y llegó a ser indispensable al hombre de campo. Los primeros charros fueron los hacendados ganaderos y sus sirvientes, quienes tuvieron que lidiar con los animales cerriles. El primero que coleó fue un picador español, quien persiguiendo un torete, en campo abierto, le pepenó el rabo; y tirando de él, a pulso, derribó al cornudo. De ese hecho surgió la suerte de colear; que fue imitada por otros jinetes, y vino a dar en ejercicio nacional. Mas adelante se coleó a cabeza de silla, después a rodilla, de ahí arcionando alto, finalmente a arción bolera, amarrando bajo, en la tibia, entra la pantoquilla y el estribo, como se hace hoy en día, o como se debe hacer. Por Jalisco se acostumbra colear a la charrada, que se hace tomando la cola, y en fuerza de carrera sin soltarla, se apea el jinete del caballo, y da el tirón al toro. El autor de la bolera lo fue un tal Aguilera, picador del Virrey Iturrigaray, quien a pocos días fue invitado a los Llanos de Apan, por don Eugenio Montaña (mas tarde Coronel Insurgente del regimiento de Otumba). Don Nicolás Saldierún,

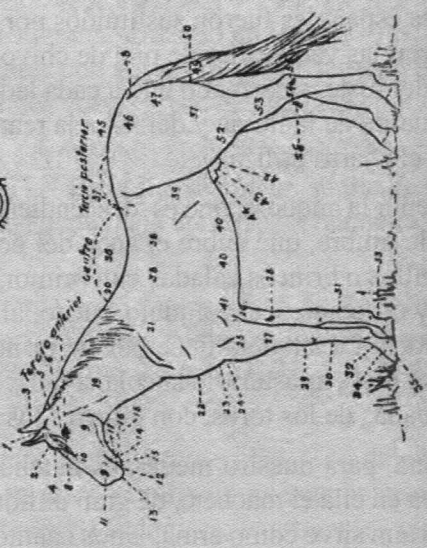
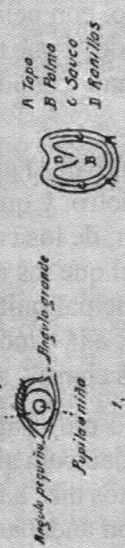


ENFERMEDADES EXTERIORES DEL CABALLO, QUE DEBEN SER CONOCIDAS POR TODO JINETE:

- | | |
|--------------|---------------|
| 1.-Nube | 2.-Lupia |
| 3.-Sobrecaña | 4.-Gabarro |
| 5.-Cuarto | 6.-Arestín |
| 7.-Bejiga | 8.-Sobrehueso |
| 9.-Rodillera | 10.-Codillera |
| 11.-Alifafe | 12.-Esparaván |
| 13.-Arestín | 14.-Agrión |
| 15.-Lunanco | |

Partes exteriores del caballo:

- Tercio anterior
- 1 Nuca
 - 2 Tupé o copete
 - 3 Orejas
 - 4 Frente
 - 5 Sienes
 - 6 Cuencas
 - 7 Orbitas
 - 8 Ojos
 - 9 Ojicados
 - 10 Cara
 - 11 Ollares
 - 12 Boca
 - 13 Belfos
 - 14 Asientos
 - 15 Lengua
 - 16 Barba
 - 17 Barboquejo
 - 18 Canal exterior
 - 19 Cuello
 - 20 Cruz
 - 21 Espaldas
 - 22 Encuentros
 - 23 Pecho
 - 24 Axilas
 - 25 Brazo
 - 26 Codo
 - 27 Antebrazo
 - 28 Españuelos
 - 29 Rodilla
 - 30 Cafia



- 31 Tendón
- 32 Menudillo
- 33 Cuartilla
- 34 Corona
- 35 Casco
- Tercio de enmedio
o Cuerpo
- 36 Dorsal
- 37 Riñones
- 38 Costillares
- 39 Huesos
- 40 Vientre
- 41 Cinchera
- 42 Balcan
- 43 Testiculos
- 44 Prepucio
- Tercio posterior
- 45 Grupa
- 46 Anca
- 47 Quijotes
- 48 Ayo
- 49 Cola
- 50 Perineo
- 51 Muelo
- 52 Babilla
- 53 Pierna
- 54 Corvejon
- 55 Punta del corvejon

un tal Casulla de los Llanos de Apan pasó el uso de la bolera al Mezquital, en el Distrito de Tula. Por allá tres charros fueron los que más sobresalieron por su agilidad y elegancia al colear; y tres jinetes que durante unos cuarenta años colearon en diferentes puntos, en lienzos y en campo abierto, arriesgando sus vidas frecuentemente, se conservaron muchos años vigorosos. Los tres campeones del Mezquital fueron: Don José Antonio Olgúin, Don José Luis Monroy y Don Pedro Lombardo, los veteranos de ese rumbo. Cada familia supo sostener la reputación adquirida. En los llanos de Apan los Montañeros, en el Mezquital los Monroyes, los Espinosas; por tierra fría los Cervantes, por Jalisco los Rincón Gallardos y otros muchos.

Dada la utilidad del caballo en sus diversas y difíciles disciplinas en el campo, al recorrer las enormes extensiones que abarcaban las haciendas, lo mismo que para juntar y arrear el ganado, se hicieron necesarios nuevos menesteres. A medida que los terratenientes fueron criando sus ganados, tanto caballar como vacuno, en estado de libertad, fue imponiéndose; la necesidad de lazar, jinetear, amansar, arrear, etc. y para coger a las bestias salvajes los charros se valieron de la reata, en cuyo manejo se volvieron diestrisimos. En consecuencia, tuvo que modificarse la silla para practicar las nuevas suertes, poniendo al fuste, en vez del borrén delantero, cabeza y en lugar de borrén trasero teja que tan buenos servicios ha dado. El cabezón y la serreta españoles fueron sustituidos por el bozal de cerda o de reata, que usa el anudar. Se inventaron las vaquerillas de piel de chivo, con pelo y todo, que se sujetan con tientos a las pajuelas del fuste, amarrando uno a cada lado; y que tienen sendos bolsones interiores, en que se resguarda de la lluvia y del sol a la reata, y en los que se llevan las manillas y demás prendas que el charro utiliza.

También se inventó la anquera, que es descendiente de la gualdrapa, como una enagüilla de cuero grueso, de timbre, que cubre el anca del potro, y que va ribeteada alrededor de su parte baja con zarcillos o brincos calados con primor, de los cuales cuelgan algunos adornitos llamados higas y coscojos, y el conjunto, ruedo, al que los rancheros vulgares, y no sin razón, denominan ruidos. La anquera tiene por fin principal quitarle las cosquillas al potro, amansarlo, asentarle el paso, aposturarle la cola, ayudar a la educación del tercio posterior, y defenderlo de las cornadas de los toros, con quienes los charros suelen bregar.¹

La silla mexicana, para nuestro medio, es mucho muy superior a cualquiera otra del mundo entero. Se lleva en ella el machete, de gran utilidad para abrir camino entre los breñales, para cortar leña, y aún sirve como arma. Unos cuantos días ha, iba yo de rúa, caballero en mi cuaco "El Sueño", por un campo en donde a la sazón andaban paseando algunas yeguas, y un genitor con ellas. Mi caballo entero, por cierto, relinchó a son de galantear a las señoras facas, y el rival, que con ellas estaba, obedeciendo a su instinto, se me dejó venir cual fiera en celo. No me quedó más recurso que esperarlo, y en cuanto iba yo a ser víctima de su brutal acometida, saqué violentamente el machete, y con un tajo de revés le abrí la frente al furioso animal, que retrocedió en seguida. ¿Qué habría hecho un jinete montado a la europea en semejante lance?

El estribo mexicano tiene también su origen arábigo y español. El estribo árabe cubre bastante el pie para protegerlo y el estribo español lo cubre más; y los charros mexicanos agregaron a sus estribos las tapaderas, de cuero de timbre forrado de suela, que cubre los pies de todo en todo, resguardándolos de la lluvia, del frío, de las espinas, de las patadas, de las cornadas, y en las caídas de los caballos. La chaqueta y el calzón salmantinos pasaron a

¹ Para que una anquera le quede bien a cualquier caballo ha de tener tres correas con el fin de que se ajusten, una a cada hebilla de cierta pieza del cuero que se llama Cola de Pato, que se acomoda y sujeta a las pajuelas del fuste, sobre las tapas de las cantinas y sobre la cual va la anquera. Por medio de esas correas, la anquera se alarga o se acorta.

su vez, a nuestros charros, quienes los fueron modificando y adornando con botonaduras y bordados artísticos. La chaqueta conserva su nombre, pero a los calzones se les llama pantalonerías cuando son cerrados, y calzoneras cuando se abotonan. El sombrero charro primitivo fue muy parecido al que hasta la fecha usan los picadores en las plazas de toros, y el de copa alta y ala arriscada, lo usó por vez primera, mi tío Don Pedro Romero de Terreros y Gomes de Parada, quien, si no fue un gran charro, si fue una gran figura que descolló por su elegancia única, aunque un tanto extravagante. El freno que nosotros reputamos mexicano y charro, el de barbada de argolla, es en realidad árabe.

El general Dumas, en un precioso libro intitulado LOS CABALLOS DEL SAHARA, con comentarios por el Emir Abd-El-Kader, dice, hablando del enjaezamiento y en particular del freno: "Las cambas son anchas y cortas sobre la línea; el bocado plano y la barbada es un anillo fijo a la parte superior de la embocadura. El freno árabe no tiene libertad para la lengua, y su brazo de palanca es harto más corto que el del freno francés, y mucho menos duro que lo que se ha creído hasta aquí. La ventaja que ofrece para la guerra es que está exento de cadenilla de barbada, y de sus ganchos, que con frecuencia no se pueden reemplazar, lo cual debe de tenerse muy en consideración".

Las espuelas españolas se fueron transformando en las nuestras, que hoy se dividen en dos estilos, a saber: las jinetas taloneras con sus casquillejos largos y sus grandes rodajas, y las coleadoras, taconeras de casquillejos cortos y rodajas pequeñas.

Las chaparreras son los zahones españoles, un tanto modificados, ya que los charros tuvieron que alargarlos para protegerse las espinillas al colear, suerte desconocida en la Madre Patria, agregándoles, además, dos rozaderas, una en cada pierna, para resistir las chorreadas de las reatas.

El sarape y el jorongo nos vinieron de la monta española. El jorongo es una cobija con bocamanga; de ahí el refrán que dice: "cualquier sarape es jorongo, abriéndole bocamanga". La ruana es una capa charra, descendiente del ferruelo. Hasta la faja española heredó el charro, quien la llama ceñidor.

El charro es noble, leal y valiente hasta la temeridad. Con deleite se juega la vida por quedar bien ante las mujeres hermosas que lo cautivan. Es hospitalario y sentimental; toca la guitarra con amor, canta y baila con alegría y donaire; le atraen los ejercicios fuertes y peligrosos, en que la vida se pone a la tablera y depende de la destreza, de la fuerza y de la serenidad. El charro tiene fama de jugador; las carreras de caballos y las peleas de gallos, son sus juegos predilectos, en los cuales apuesta hasta la camisa. Se hechiza con las mujeres bonitas de quienes es travieso; con los caballos buenos, y con los revólveres finos. Por tradición es el símbolo genuino nacional, y en la historia ha surgido su bizarra estampa. El charro ha sido, es y será, la representación simbólica de mi adorada Patria.

Don Juan de Silva, Conde de Portalegre, previno a su hijo Don Diego, en las instrucciones que le dio al enviarle a la Corte: "Quanto a los ejercicios corporales, cuatro son los más importantes y necesarios: Hacerse buen hombre de a caballo, de ambas sillas, comenzando por la jineta, jugar las armas diestramente y danzar con soltura".

*"Caballero se deriva de caballo
Que este nombre
Ha dado el caballo al hombre
mira en qué principio estriba"*

EL CABALLO

El caballo también reconoce su generosidad, y cuando es caballo castizo y bien pensado, y sale holgado de la caballeriza, a penas cabe en toda una calle, ladeándose ya a una parte, ya a otra, y acometiendo a querer correr o saltar, y metiendo la cabeza en los pechos para parecer mas bien enfrenado y remos. Y lo que mas es, siente también la hermosura de los jueces, cuando son tales, y muestra con ellos más brío y lozanía. A lo menos de Bucéfalo, caballo de Alejandro Magno, escribe Eliano, que estando enjaezado, no consentía que cabalgasen en él más que solo Alejandro; y al tiempo de cabalgar se abajaba para que más fácilmente subiese en él; más que todos los jueces, sufría a cualquier mozo de caballos. Crió Dios este animal, más para la guerra que para el trabajo, aunque él sirve para todo. Y por esto le dio todas las propiedades que para esto se requieren. Porque es animal soberbio, brioso, atrevido, fiel, belicoso y esforzado. En las cuales propiedades resplandece tanto el artificio de la divina sabiduría, que el mismo Señor que lo crió se pone a describirlas muy al propósito, hablando con el Santo Job, por estas palabras: “Por ventura tu serás poderoso para dar al caballo la fortaleza que yo de di. Con los pies cava la tierra, alegrase con su osadía y esfuerzo, y sale al encuentro contra los hombres armados. No hace caso de los peligros, ni vuelve atrás con temor de la espada. Sobre él sonará la aljaba y blandeará la lanza y el escudo. Hirviendo y espumando sobre la tierra, no hace caso del sonido de la trompeta. Alegrase cuando oye la bocina y desde lejos barrunta la guerra, y la exhortación de los capitanes, y la grito del ejército”. Todas estas son palabras de Dios, que tan de propósito describe las propiedades de este animal. El cual demás de lo dicho es muy leal; es hacedor si hay quien lo enseñe. También aprende a callar cuando van de noche a hacer alguna cabalgada, como cuentan los fronteros de Afrecha. Y además de esto, es el más vistoso y hermoso de todos los animales de grandes cuerpos y de más hermosos y diferentes colores. Porque unos hay desde la punta del pie hasta la cabeza tan blancos como la nieve; otros hay pintados de diversos colores, otros bayos, de color oro, y otros diversos colores. Tiene sus galanas crines, que le sirven de penachos naturales. Y lo que más es, con ser grande animal y tan feroz y tan orgulloso, es tan domable y tan manso, y las veces como una oveja, y así se deja sujetar del hombre y obedece, volviendo y revolviendo, corriendo, andando y parado, como su dueño quiere. ¡Pues cuan justo sería que aprendiese el hombre de su caballo a obedecer a su criador, pues el caballo así en todo y por todo obedece a él; cuan justo sería que pues este animal, por la Divina Providencia le sirve para los caminos, para los trabajos, y para los peligros, y para honrar y autorizar al que va en él, que diese gracias al que lo crió para todos estos servicios del hombre!”. Para nuestro corazón en los dones, y olvidase del dador; habiendo sido creados ellos para que fuésemos a él. Detenémonos tanto en el camino que nunca llegamos al término de él. Y lo que peor es, tomamos ocasión de la hermosura de un caballo para ir muy vanos y locos encima de él.

O como dijo el Bachiller graduado por la Universidad de Salamanca, a quien se refiere Cervantes en EL BUSCAPIÉ: “De buen pelo, por lo cual muestra bien su complexión gallarda y buena voluntad, son justos y formados con debida proporción sus miembros: tiene lisos, negros y redondos los cascacos o vasos y a mas, anchos, secos y huecos por debajo: la corona del vaso es ceñida y pelosa: las cuartillas y ni muy caídas ni muy derechas, y así es fortísimo de bajos y muy seguro para caídas. Gruesas son las juntas, y por sus cernejas tiene grandes señales de fuerza. Las piernas son anchas y derechas: los brazos nervosos con las canillas cortas iguales y justas, y muy bien hechas, y las rodillas descarnadas, llenas y gruesas: las espaldas son anchas, largas y fornidas de carne: el pecho redondo y ancho, la frente ancha y descarnada, los ojos negros y saltados, las cuencas de encima llenas y salidas hacia fuera:

las mejillas delgadas y descarnadas: las narices tan abiertas e hinchadas que casi se mira en ellas lo colorado de dentro: la boca grande y toda la cabeza seca y carneruna, descubriendo las dilatadas venas cualquier parte de ella”.

EL CABALLO CHARRO

Ha de ser de mediana alzada; un metro y cuarenta y cinco centímetros de la cruz al suelo, es el tamaño mejor. Que sea ancho, chaparrón, musculoso, despatarrado, ligero y de mucho hueso; como los presenta Don Ernesto Icaza, de feliz recordación, en sus famosos cuadros, bien conocidos de los charros; y como los pincela el mejor pintor charro de nuestros días, Don José Rincón Gallardo y Cope, quien con mi dirección técnica ha iluminado gran parte de esta obra.

PARTES EXTERIORES DEL NOBLE BRUTO

- Ω La nuca: ancha, elevada y redonda por los dos lados.
- Ω La frente: ancha y abultada.
- Ω La cara: corta, ancha y derecha.
- Ω Las orejas: delgadas, arqueadas, no muy largas, algo próximas entre sí y movilizadas.
- Ω Los ojos: grandes y vivos.
- Ω Los ollares: negros, anchos y dilatados; porque como el caballo respira por ellos únicamente, es bueno que estén conformados así, para que pueda hacerlo bien.
- Ω El cuello: delgado, largo y moderadamente arqueado en su parte superior. Deséchense los caballos de cuello muy corto y grueso, porque ciertamente resultarán de mal gobierno y peor boca, propendiendo a endurecerse.
- Ω La crin: fina, brillante, inclinada y embarrada, de preferencia al lado del subir, para que no estorbe al amarrar a cabeza de silla, y pueda tomarse con facilidad al montar.
- Ω La cruz: mas bien alta, un poco enjuta, pues su eleva contribuye mucho a la ligereza.
- Ω El dorso: lo mas recto posible.
- Ω Los riñones: anchos y cortos.
- Ω La cola: abundante, larga, fina y reluciente, con el maslo corto, ancho de arriba y angosto, o mas bien dicho, delgado de abajo.
- Ω El ano: pequeño y bien cerrado.
- Ω El pecho: profundo y ancho, es decir, de gran capacidad torácica.
- Ω Las espaldas: largas y curvas.

- Ω El brazo: musculoso y largo.
- Ω Los antebrazos: largos y fuertes.
- Ω Las cañas: cortas y firmes.
- Ω Las cuartillas: robustas, finas y más bien cortas. Su inclinación ha de formar un Angulo de 45° con la prolongación de la caña.
- Ω El casco: duro, acopado, grueso y de color oscuro.
- Ω La grupa: ancha y redonda.

Los mejores caballos charros son los de brío escondido, o de brío buscado; pero de mucha ley o clase. El caballo de brío es el nervioso que se alborota con facilidad, y que con el trabajo se aquieta. El de ley o clase es el de gran resistencia, y que esta lo mismo al principio que al fin de un trabajo fuerte.

APLOMOS DE LAS CABALLERIAS

Son la dirección perfecta que deben tener los remos del caballo. Se conocen por unas líneas perpendiculares que se tiran verticalmente.

Grande es la importancia de los aplomos en el caballo, porque de ellos depende la firmeza y soltura de sus miembros y de sus movimientos; la estampa que enseña los aplomos, indica muy a las claras como debe ser, y cuanto más se desvíen de esas líneas los miembros del caballo, mayor será la imperfección que presenten.

COLORES, MANCHAS Y REMOLINOS

Todos los colores de las caballerías terminan en la letra O menos tres que son: el alazán, el güinduri y el azúcar y canela.

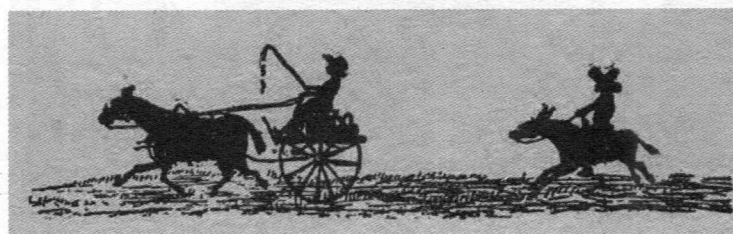
- Ω Alazán: es un pelo de color rojizo, casi igual al de la canela cuando es claro, o al del chocolate cuando es oscuro.
- Ω Alazán claro: es un amarillo deslustrado.
- Ω Alazán deslavado: alazán claro poco brillante.
- Ω Alazán tostado: parecido al café tostado.



- Ω Alazán dorado: pelo de color rojo anaranjado, de matiz brillante, cuyos reflejos dan idea de los destellos del oro pulido. Las crines y cola iguales al pelo; y por lo regular, son los que mas parecido guardan con el color del oro.
- Ω Alazán encerado: un poco más claro que el tostado.
- Ω Alazán canelo: alazán entrepelado de blanco.
- Ω Alazán hormiga: como el color de las hormigas.
- Ω Alazán pelicano: se aplica al caballo alazán que entre el pelo de dicho color tiene mezclados pelos de color blanco.
- Ω Alazán sangre linda: pelos encarnados y rojos.
- Ω Alazán mosqueado: alazán con pequeños manchones de pelos blancos, los cuales se ven distribuidos en todo el cuerpo, pero dominando el color alazán.
- Ω Alazán castaño: color de castaña.
- Ω Alazán café: color de café.
- Ω Alazán cacao: color de cacao.
- Ω Alazán azafrán: color de azafrán.
- Ω Alazán ruano: cualquier alazán con crin y cola blancas.
- Ω Alazán mulato: color de chile mulato.
- Ω Albino: caballo de pelo blanco y piel clara, semejante a la humana.
- Ω Anaranjado o naranjo: color de naranja.
- Ω Anaranjado puerco: anaranjado común entrepelado de negro; crin y cola blancas, también entrepelados de negro.
- Ω Bayo: amarillo pajizo, más o menos subido según especificaciones.
- Ω Bayo claro: amarillo semejante al canario claro; crin, cola y cabos blancos.
- Ω Bayo azafranado: mas oscuro que el bayo claro tirando a alazán claro, pero sin llegar a él; crin, cola y cabos alazanes.
- Ω Bayo lobo: semejante al color del lobo, crin, cola y cabos negros.
- Ω Bayo cebruno: semejante a las cebras.
- Ω Bayo cervuno: semejante a los ciervos.
- Ω Bayo coletilla: amarillo muy claro, con crines y cabos color de coleta.
- Ω Bayoguineo: color de plátano guinea crin, cola y cabos negros. Cuando tiene raya negra de la cruz a la cola, se llama listoncillo.
- Ω Bayo apaño: es un alazán amarillento con crines, cola y cabos del mismo color, con una raya alazana oscura de la cruz a la cola.
- Ω Bayo dorado (de la raza de los dorados): los legítimos son, o fueron, oriundos de Aguascalientes, de una hacienda de D. José M. Carrión, y llevan el nombre de dorados de la hacienda de Carrión.

- Ω Rusbayo u orisbayo: son caballos dorados, con los cabos, crines y cola del mismo color que el pelo.
- Ω Bayo barroso: entre bayo y grullo, con raya negra de la cruz a la cola, y en lo general gateado de rodillas y corvas. Todos estos caballos de la raza de los dorados tienen el pellejo pecoso.
- Ω Bayo bizcocho: entre bayo y colorado que imita el color del bizcocho.
- Ω Bayo acemita: que se parece al color de la acemita. Es más claro que el bayo bizcocho. Comúnmente se confunden.
- Ω Bayo almendrillo: amarillo entrepelado de blanco, con crin, cola y cabos negros.
- Ω Bayo aguililla: bayo claro con las cuatro patas blancas hasta arriba y cara blanca.
- Ω Cambujo: negro con viso rojizo.
- Ω Canelo: alazán entrepelado de blanco; cara, crin, cola y cabos negros.
- Ω Colorado sangre linda: colorado encarnado muy vivo.
- Ω Colorado sangre de toro: color muy oscuro; crin, cola y cabos negros.
- Ω Colorado amarillo: color claro, tirando a bayo; crin, cola y cabos negros.
- Ω Colorado morado: colorado muy oscuro tirando a morado.
- Ω Colorado vinagrillo: color de vinagre.
- Ω Colorado overo: colorado, con los blancos de las cuatro patas, altos, y bastante blanco en la cara.
- Ω Colorado retinto: colorado sombreado de negro.
- Ω Colorado dorado: pelo rojizo brillante, parecido al alazán; crin y cola negras.
- Ω Güero: pelo amarillo, ojos zarcos.
- Ω Güinduri (raza especial): pinto de varios colores, muy escaso de crin y cola. Cascos blancos, manchado de blanco en la cara. Algunos con pintas negras redondas dentro de las manchas blancas.
- Ω Grullo platero: grullo muy claro.
- Ω Grullo aplomado: color del plomo.
- Ω Grullo garrapato: color de garrapata.
- Ω Moro: prieto entrepelado de blanco, cara negra.
- Ω Melado: blanco amarillo, parecido al marfil.
- Ω Overo: mezcla confusa de blanco y alazán claro, en la que este domina siempre. Semejante a la flor de melocotón.
- Ω Palomino: malamente llaman los primos del Norte, al caballo bayo dorado con crin y colas blancas.
- Ω Prieto: enteramente negro.

- Ω Prieto mohíno: negro opaco, semejante al color del carbón vegetal.
- Ω Porcelano: sabino en que domina el color blanco.
- Ω Prieto avión: prieto con ollares, puntas de orejas, entrepierna y verjas color bayo claro.
- Ω Prieto mulato: con las puntas del copete, de las crines y de la cola alazanes.
- Ω Prieto zahonado: enteramente negro con cara y pies blancos.
- Ω Pinto: el que tiene manchas blancas sobre otro color, color comúnmente de un solo pelo.
- Ω Retinto: se da este nombre al caballo cuyo pelo oscuro, casi negro, tiene matices rojos o amarillos, según especificaciones.
- Ω Retinto carey: prieto con amarillo, imitando el color del carey.
- Ω Retinto golondrino: prieto con los ribetes de los ojos, arriba de los ollares, el pecho, las ancas, las verjas y la entrepierna bayo colorado, imitando el color de la golondrina.
- Ω Retinto pardo: prieto entrepelado de pardo.
- Ω Retinto tamarindo: color de tamarindo.
- Ω Retinto mulato: color de chile mulato.
- Ω Rosillo: Colorado entrepelado de blanco, cara colorada, crin y cola negras.
- Ω Rosillo flor de durazno: lo mismo que el anterior, pero más entrepelado de blanco.
- Ω Rosillo aceitero: retinto carey o golondrino entrepelado de blanco.
- Ω Ruano: alazán, con crin y cola blancas.
- Ω Sabino: colorado, entrepelado de blanco: la cara asaz blanca, la barriga y uno o más remos blancos.
- Ω Sabino alazán: parecido al anterior, siendo alazán, en vez de colorado.
- Ω Tordillo: dicese del caballo, cuya capa es de un pelo mezclado de blanco y negro; y se llama así, por parecerse al pájaro llamo "tordo".
- Ω Tordillo azúcar y canela: mezcla de los pelos alazanes claros, colorados y blancos.
- Ω Tordillo prieto: muy quemado, con solo el hocico, el rededor de los ojos y la punta de la cola, blancos; rodillas y menudillos entrepelados de blanco.

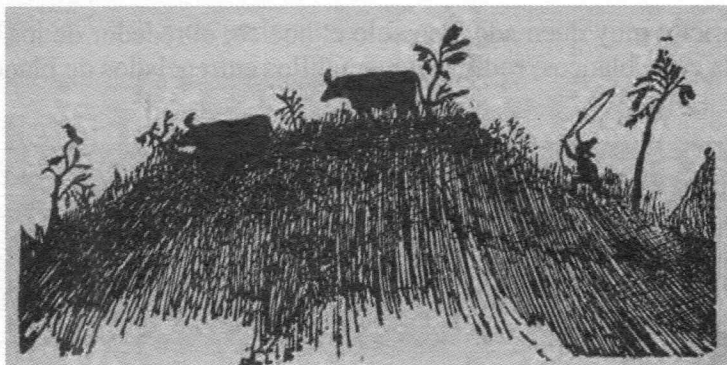


- Ω Tordillo tejón: color muy parecido al de este animal.
- Ω Tordillo chancaco: blanco, entrepelado de amarillo.
- Ω Tordillo marmajo: muy oscuro.
- Ω Tordillo melado: blanco con el cuerpo prieto, entrepelado de un color amarillento; cabos, crin y cola oscuros.
- Ω Tordillo palomo: totalmente blanco.
- Ω Tordillo rodado: el fondo del pelo negro, con ruedas como el tamaño de un peso, formados con pelos blancos. Hay claros y oscuros.
- Ω Tordillo mosqueado: pelo blanco, cuero prieto, el pelo salpicado de negro colorado o alazán, crin y cola claras.
- Ω Tordillo rucio: enteramente blanco, con el cuerpo prieto.
- Ω Tordillo güero: pelo blanco, cuero color de rosa, y ojos zarcos.
- Ω Tordillo tortolita: color de tórtola.
- Ω Tordillo romerillo: color azulado como la flor de romero.
- Ω Tordillo azulejo: más oscuro que el romerillo.
- Ω Tordillo porcelano: pinto del cuerpo y en el pelo, manchas según las pintas del cuero; hocico color de rosa.
- Ω Tordillo cenizo: color de ceniza; crin y cabos negros.
- Ω Zarco: con los ojos azules claros.
- Ω Zaino: de un solo color.

BLANCOS EN LOS CABALLOS

Existen diferentes manchas en los caballos, a continuación se describen:

- Ω Lucero: mancha blanca en la frente.
- Ω Estrella: mancha blanca muy pequeña en la frente.
- Ω Lucerillo: mancha blanca, más pequeña, en la frente.
- Ω Lucero sucio: cuando en el centro del lucero o estrella, se notan algunos pelos color de la capa, mezclados con los blancos. Si esa mezcla aparece en



la circunferencia de la estrella o lucero siendo el uno o el otro blanco, en su totalidad, se dice estrella o lucero con resplandor o radio.

- Ω Estrella o lucero corrido: si de la estrella o lucero sale una lista blanca, que llega al borde.
- Ω Estrella o lucero prolongado: si lo es hasta la parte superior de la nariz.
- Ω Estrella o lucero perdido: si en cualquier parte de su extensión desaparece y vuelve a presentarse.
- Ω Cordón: una raya delgada, blanca, que baja de la frente al belfo. Puede ser corrida, prolongada o perdida.
- Ω Frontino: cuando toda la frente es blanca.
- Ω Mascarillo: cuando la mancha blanca está debajo de los ojos.
- Ω Pico blanco: el hocico blanco hasta arriba de los ollares. Cuando lo blanco no pinta el belfo inferior, se dice que no tiene bebe, y cuando tiene blanco solo entre los dos ollares, se llama lunar entre ollares.
- Ω Cordón y bebe: cordón prolongado hasta el belfo superior inclusive.
- Ω Bebe y derrama: cuando el blanco abarca ambos belfos. Retrayendo la barba, como si quisiera apoyarla en el pecho.
- Ω Rabicano: que tiene algunos pelos blancos diseminados sin orden ni agrupamiento en la cola.
- Ω Argel: el que solo tiene calzado el pie derecho.
- Ω Unalbo: una pata blanca.
- Ω Dosalbo o manialbo: dos remos blancos.
- Ω Tresalbo: tres remos blancos.
- Ω Cuatralbo: cuatro remos blancos.
- Ω Pialbo: que tiene blancas las dos patas.
- Ω Solteado: cuando la mano y la pata blancas son encontradas.
- Ω Blancos bajos: cuando están en los nudillos.

MANCHAS

- Ω Raya de mula o listón: raya negra a lo largo del dorso, desde la cruz hasta la cola.
- Ω Gateado: Cuando la caballería presenta unas rayas transversales en los antebrazos y en los corvejones.
- Ω Cabeza de Moro: cabeza negra, y la capa más o menos clara.
- Ω Remendado: Es el que tiene en toda la capa algunas manchas de otros colores.
- Ω Matambo: blanco con pocas manchas de cualquier color en el cuerpo; orejas manchadas y una mancha arriba de la cola.

Ω Pinto bragado: color oscuro, y una mancha blanca en la barriga.

Ω Arriñonado: cuando tiene la mancha en el lugar de los riñones.

REMOLINOS

Se dan estos nombres a una dirección irregular de los pelos, con relación a los que los rodean. El caballo tiene cuarenta remolinos, de los cuales veintiocho están considerados, por los árabes, como indiferentes. No son de bueno ni de mal agüero, y doce a los que atribuyen influencia. Creen que seis aumentan las riquezas, y los otros seis causan la ruina.

REMOLINOS DE BUEN AGÜERO

El que se encuentra entre las orejas; es el remolino de la testera, y el caballo que lo tiene es ligero. Al remolino de los lados del cuello, llaman el dedo del profeta. El remolino del Sultán, está a lo largo del cuello, siguiendo la arteria traquea. El remolino de la cincha, es el que queda al costado. El remolino de las espuelas.

REMOLINOS DE MAL AGÜERO

El remolino arriba de las cejas; el remolino cerca de la cruz; el remolino sobre el carrillo; el remolino en las cuartillas y menudillas; el remolino al lado de la cola; el remolino en la parte interna de los muslos.

LA ESPADA ROMANA

Se presenta en una de las partes laterales del cuello, cerca de la cerviz.

DOS ESPADAS

Espada romana y daga, cuando es de los dos lados.

FLECHAS

Son remolinos en las partes laterales e inferiores del pecho, detrás de los codillos y al lado de la cinchera.

LO QUE LOS ARABES DICEN AL TRATAR DE LOS COLORES, MANCHAS Y REMOLINOS.

Elegid siempre los colores oscuros y definidos; desconfiad de los claros. Dicen que los colores más estimados son: el alazán, el prieto, el retinto y el tordo. Los menos apreciados: el pinto de negro y blanco; huid de él como la peste. El bayo claro con crin y colas blancas; un caudillo jamás montaría uno de ellos; y hay tribus que en sus tiendas no consentirían que caballo semejante pasara la noche. Estimad al caballo sin manos ni patas blancas; pero con una estrella en la frente, o cordón en la misma, siempre que baje hasta el belfo; si la estrella está truncada o ribeteada con irregularidad, disgusta a todos; y si el caballo es un albo de la mano derecha (Argel) ningún hombre sensato deberá montarlo, y ningún conocedor querrá poseerlo; ese caballo mata como el veneno. Si el caballo ha de tener blancos en los pies, que sea tresalbo, pero sin blanco en la mano del lado de la lanza. Buen indicio es que sea salteado.

EL LIBRO DEL CHARRO MEXICANO

El dueño de tal caballo deberá ser feliz, pues monta al lado de un blanco, y se apea al lado del otro.

Los árabes, por regla general, montan por el lado derecho, y se apean por el izquierdo. Patas blancas (pialbos) son buen agüero. No ocurre lo mismo con los caballos de manos blancas (manialbos), pues sus jinetes irán siempre pálidos.

Las ideas árabes están bien explicadas en el siguiente cuento narrado por el General Daumas en su precioso libro intitulado Los Caballos del Sahara y las Costumbres del Desierto, del cual he tomado la mayor parte de las sentencias árabes, y el que recomiendo mucho a todo jinete, y muy particularmente a los charros. “Cierta árabe tenía una yegua de raza, que estaba preñada, y cuando iba a parir, el árabe llamó a sus amigos para que presenciaran el parto. La cría, al salir del vientre de la madre, presentó la cabeza con una estrella en la frente, y los árabes se regocijaron. Apareció, en seguida, la mano izquierda sin blanco, y entonces valorizaron la cría en cien monedas mas. La mano derecha siguió después con una mancha blanca, y al verla redujeron el valor del potro en cien monedas. Vino a continuación la pata izquierda con una mancha blanca, y el árabe, en el colmo de su alegría juró no vender, por nada del mundo, al recién nacido; pero he aquí que la otra pata resaltó con blanco; y entonces el árabe, hecho una furia, desechó al animalito diciendo que no conservaría jamás semejante bruto”.

“Un albo, bueno;
de dos, mejor;
de tres es malo,
y de cuatro es peor”.

El Emir Abd-El-Kader dijo que el caballo fue criado alazán hormiga. Haciendo a un lado la idea, esta aserción tendrá cuando menos la ventaja de probar que el tal color fue siempre considerado por los árabes, como indicio de cualidades optimas.

Es una idea fija en un pueblo eminentemente observador. Se dice que el caballo alazán es el mejor; el castaño retinto, el más fuerte y el más sobrio. Agregan: “Si alguien te contara que un caballo saltó al fondo de un abismo sin lastimarse, pregunta de qué color era, y si te dijeran que retinto, créelo”. El profeta dijo: “Si después de haber juntado en el mismo lugar a todos los caballos árabes, los hiciera correr juntos, el alazán les ganaría a todos”. Ben Dyab, famoso adalid del Desierto, encontrándose un día perseguido por Said El Zanaty Chey Ha Des Ouland Yagourt, volvió la cara hacia su hijo, y le preguntó: ¿Cuáles son los caballos

